

¿Carolus Africanus?: el Emperador y el turco

M. J. Rodríguez Salgado

The London Schools of Economics
and Political Science

Habían transcurrido muchos años, pero al redactar sus Memorias en 1551, el Emperador recordaba con satisfacción los acontecimientos de 1532. Por segunda vez Solimán, el sultán otomano, había llegado con un poderoso ejército a los muros de Viena. Carlos V, al mando de las fuerzas cristianas, se acercaba a dar batalla. Solimán decidió retirarse; «se volvió a Constantinopla con gran pérdida y daño de su gente», comentaba el Emperador, añadiendo algo que debió sorprender a sus cortesanos: «que fue principio para de allí en adelante tener en menos sus fuerzas». Es sorprendente, porque la expansión del estado otomano continuaría a la vez que se establecían otras potencias musulmanas en el norte de África que amenazaron los estados mediterráneos del Emperador. Solimán se retiró entonces, pero en 1541 Carlos V ni se presentó en el frente, saliendo del Imperio antes de ser obligado a confrontar al turco. Jamás manejó recursos que le permitiesen igualar la potencia de ese otro Emperador. Pero Carlos V sabía manejar la historia y quiso dar la impresión de desestimar el peligro turco.

Como otras contiendas, ésta se ha ganado y perdido en textos posteriores. Cautivados por las declaraciones del Emperador y por la propaganda que emitió la corte imperial, otros magnificaron su papel en la lucha contra el infiel, aunque pocos llegan al extremo de Julián Rubio, quien, cuatro siglos mas tarde, laudaría «la heroica defensa de Viena, sitiada por [Suleiman] el Magnífico, y el decisivo auxilio de Carlos, salvando la plaza en 1532... [que] marcan la salvación de Europa»¹. De hecho, Carlos V no había llegado a Viena cuando se retiró el enemigo. Sus acciones bélicas contra las potencias islámicas a partir de 1532 fueron escasas y de menos envergadura. En 1535 volvió a ponerse al mando de un ejército cristiano contra el infiel, ya no como caudillo de la cristiandad,

¹ CDCV, IV, p. 499, Memorias de Carlos V; RUBIO, J. M., *Los ideales y los hombres en la España imperial*, Madrid, 1942, p. 114; continúa en p. 115: «Conteniendo Carlos V el peligro otomano... realizó un estimabilísimo servicio a la causa del catolicismo y de la civilización occidental, puestos ambos en peligro por aquellos orientales que, en le siglo XVI, representan la misma barbarie que... en nuestros días han recogido sus herederos de la Rusia soviética.»

sino como monarca de unos estados mediterráneos amenazados por las fuerzas corsario-otomanas. Hayradín Barbarroja, jefe de la base corsaria de Argel y Almirante Mayor de la flota Otomana, se había apoderado de Túnez y el Emperador consiguió echarle de allí. Fue entonces, después de su victoria en Túnez, cuando los italianos le pusieron el apodo de *Carolus Africanus*, conquistador de África y triunfante Emperador². Sin embargo, tuvieron que esperar hasta 1541 para verlo de nuevo luchando en el Magreb en la desastrosa empresa de Argel que sería su última expedición en la región. Tres campañas importantes pero que no se pueden comparar con las fuerzas y los recursos que reunió en ocasiones diversas contra Francia. Esto es la suma total de su actuación personal contra el peligro exterior islámico. Enfocó su atención en organizar la defensa de sus estados y aunque a veces dio licencia para que se hicieran otras empresas en el Mediterráneo fueron de poca envergadura, incluso la Santa Liga de 1538. Mientras que Carlos V insistió hasta la saciedad que su deseo principal era de imponer paz en la cristiandad para dedicarse a la lucha contra el turco, hay un abismo entre la imagen propagandística que difundió y sus acciones. Por eso es curioso que se arraigase posteriormente la imagen heroica del Emperador y su obsesión con la guerra contra el islam. Domina varios trabajos recientes, principalmente la biografía de Fernández Álvarez, quien insiste que este elemento es precisamente lo que le difencia de sus rivales y le da «un tono de elevación moral que se debe al hecho de que acaudilló a la cristiandad en una guerra santa»³. Pese a que todos reconocen que el Emperador no consiguió su fin, la falta de éxito no disminuye su talla heroica. Al contrario, acrecenta su talla al ser presentado como un personaje único luchando por el principio fundamental de la unidad y paz en Europa contra las fuerzas arrasadoras del individualismo, el nacionalismo y el islam⁴.

En este estudio se ofrece una interpretación diferente de las prioridades del Emperador y de sus relaciones con el turco. No se trata de un ejercicio negativo para demostrar

² Las entradas triunfales organizadas por los estados italianos después de la victoria derrocharon palabras para laudar y magnificar a Carlos V y le colmaron de títulos. Puede servir esta referencia como ejemplo de otras muchas publicaciones parecidas: *Copia de vna lettera della particularita dell ordiene con il quale la Maesta Cesarea intro in Messina*, Mesina, 30-10-1535. Aquí se le nombró «Imp. Cae. Carolo. V. inuicto... cum iam Africam subiugasset».

³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, 1999, p. 297. Al final del libro (p. 703) insiste que «una y otra vez Carlos V había puesto su vida al tablero para defender a la cristiandad de las crueles invasiones turcas, lo mismo en Viena en 1532 que en Túnez en 1535». Nótese que «una y otra vez» se reduce a dos ocasiones, aunque la primera vez no se acercó al enemigo. Pese a su lucidez, no consiguieron el impacto que merecían estudios como el de VICENS VIVES, J., «Imperio y administración en tiempo de Carlos V», en *Charles-Quint et son Temps*, París, 1959, pp. 9-21. El magnífico estudio de JOVER ZAMORA, J. M., *Carlos V y los Españoles*, Madrid, 1963, dio a conocer la complejidad de su política exterior, pero por enfocarse precisamente en las campañas hispanas del Mediterráneo contribuyó indirectamente a este enfoque tan particular.

⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César*; también PÉREZ, J., *Carlos V*, Madrid, 1999. Kohler publicó un estudio equilibrado de la política del Emperador desmintiendo algunos de los mitos, especialmente en el último capítulo: KOHLER, A., *Carlos V, 1500-1558. Una biografía*, edición castellana, Madrid, 2000. *Vid.*

que poco merece su reputación de enemigo acérrimo del infiel. Es fácil desmentir la imagen y comprobar que Carlos V anteponeía sus intereses en Italia y su rivalidad con el rey de Francia. Mucho más difícil es comprender la evolución de ideas y actitudes cristianas hacia el peligro islámico y explicar cómo el Gran Turco pasó de ser el arquetipo del tirano a ser miembro de la orden de monarcas principales. A principios del siglo, debido a la expansión masiva del estado otomano en Europa, resurgió el ideal de una República cristiana unida contra el infiel. Como es bien conocido, al mismo tiempo se intensificó el conflicto entre Habsburgo y Valois y con ello la división del mundo cristiano. No por ello se defiende aquí la tesis de la quiebra del humanismo, pues el humanismo incorporaba variantes importantes respecto a la guerra. Hubo humanistas pacifistas, otros que aconsejaban paz en la cristiandad y guerra contra el islam y otros que justificaban la guerra entre cristianos aun siendo los contrarios el Emperador y el papa, los jefes indiscutibles de la cristiandad⁵. Tampoco se apoyará aquí la tesis muy arraigada de la culpabilidad de Francisco I. La situación era demasiado compleja para reducirla a un tópico de buenos y malos. Como se podrá comprobar, el Emperador fue en gran medida responsable de la exclusión de Francia en la contienda contra el turco. Enfocando nuestra atención en tres episodios claves —Viena, 1532; Túnez, 1535, y Tolón, 1543— se analizará la evolución de las ideas del Emperador para explicar cómo y por qué, paulatinamente, se transformaron los sueños de la cruzada de 1532 en un pragmatismo puro que le llevó a negociar con Solimán en 1545 y a romper con su hermano Fernando en 1550 por resistirse este último a abandonar la contienda contra el turco.

Viena 1532: la Cruzada frustrada

En 1529, al firmarse la paz entre Francisco I y Carlos V, la guerra contra el infiel volvió a estar muy de moda en la corte imperial. Pero no era aún la dirección preferida del Emperador. Es cierto que en virtud de su título era el jefe seglar de la cristiandad y al estar sus estados amenazados por varias potencias islámicas era aconsejable este viraje político. Sin embargo en este momento su prioridad era «pacificar» a Italia, o sea, dominarla y sacar a los franceses de allí. Al confirmarse el avance turco contra Hungría en agosto 1529 envió algunas tropas y dinero para ayudar a Fernando a defender la zona, pero continuó con su viaje a Italia⁶. Su contribución a lo que resultó ser la crisis más aguda de Austria en el siglo XVI fue más de palabra que de hecho. Sin

también RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «Carlos V: ¿modelo o pesadilla para Europa?», en *Revista de Libros*, noviembre 2000.

⁵ Algunos, como Juan Luis Vives, adoptaron todas estas posturas en momentos diferentes.

⁶ Las noticias y peticiones de Fernando en SALINAS, I, Salinas a Fernando, n. 188, p. 440 (15-8-1529); n. 190, pp. 441-443 (24-9-29), n. 193 p. 446 (30-9-29); n. 196, p. 449 (25-10-29); CDCV, I, n. XL, pp. 159-161

embargo quedó muy ofendido cuando se enteró que Fernando le había incluido «en la cuenta de los otros que no nos son hermanos», de los que no habían ayudado⁷.

Pese a su preocupación sincera por su hermano, Carlos V no se sentía personalmente involucrado en este conflicto. En 1521 había asignado a Fernando las tierras patrimoniales de los Habsburgo, precisamente las que estaban en tanto peligro en 1529. Carlos V admitía cierta responsabilidad por la defensa de esta zona, tanto por el vínculo familiar con Fernando, como por su título de Emperador, pero esto no cambiaba el hecho de que el enemigo amenazaba territorios ajenos. La reacción tan tibia de las otras potencias cristianas se explica por la poca simpatía que sentían por Fernando, y en concreto por su reivindicación de Hungría. En 1526, al morir el rey Luis, Fernando heredó ciertos derechos que se apresuró a demandar. Consiguió su elección como rey de Bohemia pero sólo un sector minoritario de la nobleza húngara le aceptó como rey. La mayoría escogió al magnate Juan Zápolyai, quien, al verse atacado por los Habsburgo, se puso bajo la protección del sultán otomano como habían hecho otros estados cristianos en los Balcanes. Los lienzos de vasallaje no eran muy pesados: a cambio de contribuciones se les permitía gran autonomía política y religiosa y se les ofrecía protección. El rey francés, hostil a toda expansión de los Habsburgo, aceptó a Zápolyai como rey de Hungría y los venecianos también, pues tenían recelos de la nueva potencia de su vecino Habsburgo⁸. El rey de Polonia, otro vecino, compartía su temor y haría lo posible para impedir que Fernando estableciese su prepotencia en la región. Al hacer tregua los venecianos y los polacos con el Gran Turco, las tierras de Fernando eran el único lugar para la expansión otomana. Por su parte, el papa veía de mala gana la nueva fuerza de Fernando y le asustaba la actitud agresiva que mostraba hacia el turco. Le aconsejó dejar a Hungría en manos de Zápolyai «porque haciéndose, aquel reyno quedará cristiano»⁹. Fernando se negó a seguir estos consejos y tal como pronosticaban en Italia, su agresión contra Zápolyai provocó las represalias turcas. En 1529 Solimán salió al mando de su ejército, como era costumbre en las campañas importantes otomanas. Cruzó Hungría y llegó a tener cercada a Viena por un mes, retirándose al empeorar el tiempo. Su aliado quedó de nuevo como rey de Hungría¹⁰.

La cristiandad había vivido la crisis de lejos y respiró aliviada cuando se retiraron los turcos. Sin embargo no faltaron las más bellas palabras y fervorosas promesas de

Instrucción de Fernando, 18-8-1529. La retirada del turco, Fernando a Salinas, íd., I, n. XLVII, pp. 179-181 s.d.

⁷ CDCV, I, n. XCVI, p. 262, anotación de Carlos en una minuta de Cobos s. f., ¿1531?

⁸ Un estudio moderno de la política fernandina en FICHTNER, P. S., *Ferdinand of Austria*, Nueva York, 1982. Un análisis pormenorizado de los años veinte en RODRÍGUEZ-SALGADO, M. J., «Obeying the Ten Comandments: the foreign policy of Charles V in the 1520s», en RODRÍGUEZ-SALGADO, M. J., *Monarch of the World. The foreign policy of Charles V* (en preparación). Los contactos franceses con Zápolyai, KNECHT, R. J., *Francis I*, Cambridge, 1984, p. 214-215; VAUGHAN, D. M., *Europe and the Turk. A pattern of Alliances*, Nueva York, 1976, pp. 114-116.

⁹ AGS, E. 858, fol. 60, pub. BKK, p. 479. Loaysa a Carlos V, Roma, 25-1-32.

¹⁰ GIOVIO, Cap. XII, fol. LI recto a LII recto.

acción contra «el enemigo común de la cristiandad» cuando en 1530 se reunieron el Papa y el Emperador en Bolonia. Carlos V ofreció dedicar «todo su poder e, si fuere menester, de se fallar por su persona» para la defensa de la cristiandad ¹¹. En la corte imperial se apreciaba los beneficios de una política agresiva contra el Gran Turco. Como explicó el confesor del Emperador, García de Loaysa, si Carlos V se dedicaba ahora a la defensa de la cristiandad daría «clara demostración a toda Italia del gran amor que la tiene pues hace tales gastos para defenderla del enemigo común». Una victoria contra Solimán le dejaría con «tanta reputación y tan bien quisto en Italia que no hallará resistencia» ¹². El papa y el Emperador decidieron organizar una liga cristiana. Ya que el lugar principal entre los otros príncipes le tocaba al rey francés ambos enviaron embajadores especiales a París. Por su parte, Carlos intentó convencerle que la guerra en Hungría era un deber de todo buen católico y de todo príncipe cristiano. Le aseguró que «nosotros no sabemos de cosa mejor para emplearnos que repulsar al enemigo común de la cristiandad, defendiendo y extendiendo nuestra santa fe» ¹³. Dio muestras concretas de su determinación pidiendo al gobierno de regencia en España que enviase dinero y tropas al frente húngaro a la vez que organizaban una campaña de diversión en el Mediterráneo bajo el mando del aliado imperial, Andrea Doria. Él se puso en camino hacia Alemania en marzo de 1530 para organizar personalmente la defensa de la región ¹⁴.

El Emperador volvió al Imperio lleno de entusiasmo y confianza, creyéndose capaz no sólo de solucionar el problema religioso sino también «de recuperar lo de Vngria». Pensó que la situación en el Mediterráneo evolucionaba muy bien después de la presa de unos corsarios —dos galeras, dos galeotas y cinco fustas— por Doria. «Les habrá causado temor y porná algund freno», comentó con satisfacción ¹⁵. Dio permiso al gobierno hispano para hacer una empresa contra Argel, la base del temible corsario Hayredin Barbarroja. Es muy significativo y revelador ver cómo el Emperador, a la vez que admitía la importancia y necesidad de esta empresa, se negaba a reducir la carga sobre los reinos hispanos y no le ofrecía ayuda de otras partes. El gobierno tuvo que suspender la campaña debido a la imposibilidad de reunir las victuallas y el dinero suficiente. Debemos notar también que rechazó la petición de la regente que enviase la flota imperial

¹¹ MEXIA, P., *Historia del emperador Carlos V*, CARRIAZO, J. de Mata (ed.), Madrid, 1945, p. 574.

¹² AGS, E. 858, fol. 77, Loaysa a Carlos V, Roma, 22-3-1532, pub. BKK, pp. 484-486, cit., p. 485; *ibid.*, E. 858, fol. 85, 16-4-32, en BKK, pp. 488-490, cit., p. 488.

¹³ PEG, I, n. CI, p. 479, Instrucción de Carlos V a M. de Noircarmes, enviado a Francia, Augsburg, 29-7-1530: «c'est chose que concerne et touche à tous ledits princes et bons catholiques, et que, puisque Dieu nous a mis en paix, ne nous scaurions employer en meilleur chose que à la répulsion de l'ennemy commun de la chrestienté, deffense et exaltation de notre sainte foy».

¹⁴ SALINAS, I, n. 206, pp. 471-472, a Fernando, Bolonia, 19-2-1530. El papa prometía 40.000 ds; AGS, E, 1455, fols. 1-2, Carlos V a Isabel, Bolonia, 11-2-1530, pub. JOVER, J. M., *Carlos V y los Españoles*, Madrid, 1963, pp. 81-85, esto p. 84.

¹⁵ CDCV, I, n. LXXVI, pp. 216-222, Carlos a Isabel, 8-7-1530, citas en pp. 218 y 219 respectivamente.

a mares españoles, insistiendo que quedasen todas sus fuerzas, incluso las galeras españolas, por Italia. La primacía de Italia era evidente ¹⁶.

Solimán no atacó de nuevo y el entusiasmo inicial de la corte imperial por una empresa en Hungría fue amainando. Las relaciones con el papa empeoraban a medida que el Emperador le presionaba por un concilio ¹⁷. El papa se excusó de llamar un concilio por temor a que volviese el turco. Insistía que para resistirle necesitaban paz en la cristiandad y el concilio provocaría conflicto. Pese a conseguir ayudas sustanciales en la Dieta imperial para hacer cara al turco, Carlos V decidió salir del Imperio sin hacer una empresa. Para asegurar su espalda y evitar ser llamado por otra emergencia, en marzo de 1531 le aconsejó a Fernando que negociase una paz con Solimán y Zápolyai, así «no se podrá decir que es debido a vuestros intereses particulares y que es culpa y falta vuestra si el turco vuelve a poner a la cristiandad en peligro» ¹⁸.

A Fernando le dolián estas críticas, pero desde 1526 hasta su muerte intentó con insólita determinación de hacer valer sus derechos a Hungría. No admitía que un reino bajo el vasallaje otomano fuese verdaderamente cristiano. Basándose en la tradición cristiana del deber universal de defender la fe, justificó sus reivindicaciones en Hungría y sus constantes peticiones por subsidios y ayudas ajenas. Esto no le impidió seguir una política pragmática con los luteranos. Nunca tuvo reparo en obedecer las órdenes del Emperador para que mantuviese buenas relaciones con ellos, sin hacerles daño mientras participaban en la defensa contra el turco. En 1531 Fernando quería comenzar una ofensiva en Hungría pero sin la participación de Carlos V no podía hacerlo, por eso obedeció a su hermano y comenzó a negociar con Solimán y Zápolyai. No obstante se mostró tan duro con ellos, negándose a ceder fortificaciones fronterizas, que la ruptura era inevitable ¹⁹. Al mismo tiempo intentó persuadir a Carlos V de la necesidad de una guerra ofensiva contra Solimán. Podemos analizar sus argumentos por el largo memorial que le envió en marzo 1531. Fernando comenzó por declarar su deseo de tener paz, quejándose amargamente que le criticaran «porque no acepté la paz con cualesquier condiciones pues sabía que no era bastante contra tan poderoso enemigo». Negaba el cargo de que provocaba adrede a Solimán, poniendo en peligro a la cristiandad. A su manera de ver estaba obligado a rechazar las condiciones que le ofrecían, pues «la honestidad y rrazón piden que el servicio y honrra de N. S. no se menoscabe

¹⁶ CDCV, I, n. LXXVII, p. 223, Carlos a Isabel, 8-7-1530; n. LXXXVI, p. 237, *ibid.*, 30-9-1530, «Pérdida del Peñón y sus consecuencias», en LÓPEZ DE GÓMARA, F., *Guerras de Mar del Emperador Carlos V*, BUNES, M. A., y JIMÉNEZ, N. E. (eds.), Madrid, 2000, pp. 128-134.

¹⁷ CDCV, I, n. LXXXVI, p. 237, Carlos a Isabel, Augsburgo, 30-9-1530; esta colección recoge otros documentos relativos al concilio.

¹⁸ KF, III (i), n. 460, p. 49, Carlos a Fernando, Bruselas, 4-3-1531: «et que l'on ne vous puist imputer que, si led. Turc vient, ce soit à vostre faulte et culpe, et que la chrestienté viengte en hazard de souffrir pour raison ou respect de vostre interestz particulier». En esta y otras cartas publicadas aquí, el Emperador le ruega que haga paz. CDCV, I, n. LXXXVIII, Carlos V a Clemente VII, 30-10-1530, pp. 247-250, y esp. 248-249. El resultado de la Dieta, *ibid.*, n. XCIV, Carlos a Isabel, Spira, 6-12-1530, p. 257.

¹⁹ KF, iii (i), n. 472, esp. pp. 86-87, Fernando a Carlos V, 27-3-1531.

antes se acrecienta». La culpa la tenían todos los que se negaban a ayudarle. El lema que defendía era simple: «la salud y sosiego de la rrepública christiana como causa de todos se procure y defienda por todos»²⁰. En la defensa de la religión cristiana, «qualquier christiano deve poner el cuerpo y el ánima alegremente» aun si sus estados —y esto era un punto clave— «caen lexos de la vezindad del turco»²¹.

Fernando utilizó otros argumentos para justificar una política agresiva contra el turco. Primero, el deber de todo príncipe legítimo de combatir la tiranía. Representa a Solimán como «un ombre suzio, bestial, falso y tirano, fingido rrey, abominable e yndigno, y vezino muy malo y dañoso, natural y perpetuo enemigo de nombre christiano y de los onbres». En suma, no era un príncipe de quien se podían fiar, lo cual descalificaba cualquier concordia con él. Solimán se reduce a un tópico y se le pone fuera de las normas del sistema internacional²². Por segundo, recalcó la riqueza e importancia de Hungría. La zona podía proveer de vituallas y dinero a la cristiandad o enriquezer al enemigo. Por su posición geoestratégica era «muralla y defensa de la christiandad»²³. Fernando también hacía hincapié en sus derechos dinásticos propios y en los de su mujer²⁴. Por último, insistió que su conciencia y su honra le impedían mantenerse al margen de los acontecimientos en Hungría. A sabiendas que muchos húngaros morirían luchando contra el infiel y otros se harían musulmanes, temía que «a mí me quede por ello agraviada y peligrosa la conciencia para con Dios». Con esto justificaba su extraordinaria petición al Emperador, al papa «y todos los otros rreyes y príncipes christianos y por consiguiente de toda la christiandad» que le dieran orden explícita de hacer paz con Solimán, pues sólo de esta forma podría compartir la responsabilidad y la deshonra que suponía esta concordia²⁵.

Carlos V aceptó la fuerza de estos argumentos pero repitió su consejo de pedir tregua ya que no había posibilidad de recibir ayuda de la cristiandad, fuera de los príncipes alemanes y algo por parte del papa²⁶. Inesperadamente, el papa cambió de opinión y decidió apoyar la política de Fernando. Una campaña en Hungría ocuparía a Carlos V y le mantendría lejos de Italia. Aún más, podía servir para equilibrar las fuerzas imperiales y francesas. Proclamó una Liga Santa contra Solimán, dando a entender que mientras lo ideal era juntar la totalidad de las fuerzas cristianas bajo una cabeza, la situación

²⁰ KF, iii (i), n. 470, pp. 66-80, Fernando a Carlos V, 17-3-1531, las citas p. 70.

²¹ *Ibid.*, p. 77. Se quejaba (p. 76) que hasta entonces le había «faltando el socorro y ayuda que los otros rreyes y príncipes christianos deven dar contra tan poderoso y universal enemigo».

²² *Ibid.*, citas p. 71, más detalles de Solimán pp. 72-73. Le acusa también de querer «estender su señorío y poner a todo el mundo debajo de sy», p. 72.

²³ *Ibid.*, p. 71. Insiste (p. 72) que sin las fortificaciones húngaras «se le abre una ventana o puerta de par en par para descender (*sic*) en Alemaña y poner los pies donde quisiere». Más tarde vuelve a insistir sobre la riqueza del lugar, p. 75.

²⁴ *Ibid.*, p. 74.

²⁵ *Ibid.*, cits., pp. 78 y 77 respectivamente.

²⁶ KF, iii (i), n. 475, esp. pp. 95-96, Carlos a Fernando, 3-4-1531; en otra del 16 y 21-5-1531 repite lo mismo, n. 489, p. 133.

requería la división de la cristiandad en dos campos, uno acaudillado por Carlos V y Fernando, el otro por Francisco I. El papa había dado con el punto clave: la organización de una cruzada necesitaba resolver antes que nada el papel del rey de Francia. La corte imperial recibió esta iniciativa con buenas palabras pero la rechazó al instante. No querían una diversión por Hungría, y como veremos, tampoco aceptaban la necesidad de dividir el mando. Sí aceptaron la otra propuesta del pontífice de unir la armada imperial con las naves francesas e italianas para limpiar los mares de corsarios y piratas. Se felicitaban de haber encontrado una forma de reforzar sus defensas y compartir el gasto, pues como esto era «para bien general d[e] los de Italia asy cree su magad. q[ue] todos ayudaran y contribuyran a ello, q[ue] no sería razón q[ue] todo cargase de su sant. y de su mag.at». Además, «servirían a sostener y continuar la paz y quietud de Italia»²⁷. Estaba claro que la defensa de la cristiandad podía traer beneficios sustanciales.

A sabiendas de las pocas ganas de su hermano por la paz, Carlos V volvió a pedirle que acabase las negociaciones y asentase una paz durable en Hungría²⁸. Para ayudarle y animarle, le permitió en caso de gran necesidad que usase su nombre y se apoyase en la potencia y reputación del Emperador. Pero es de suma importancia su orden tajante que no se le incluyese en el acuerdo. De hecho pedía «que me obligue lo menos posible»²⁹. Sin la ayuda de su hermano, Fernando no podía solo contra el turco y no tuvo más remedio que obedecer, comprometiéndose a preservar la autoridad y reputación del Emperador aunque perdiese su propia honra³⁰.

Solimán no tenía intenciones pacíficas a finales de 1531. Había utilizado la tregua para preparar otra empresa contra Hungría y tenía las fuerzas necesarias para un gran asalto. Cuando por fin se apercibieron del peligro, Fernando se alegró. Carlos V estaba aún en el Imperio y esto facilitaría su defensa³¹. Al confirmarse la presencia de Solimán con su ejército, Carlos V se apasionó por la campaña. Su confesor expresó la excitación general: «no hay muger ni hijos en el mundo sino sola vuestra honrra, y assí no se ha de pensar sino en salirle al encuentro»³². La presencia del Gran Turco convertía

²⁷ AGS, E. 854, fol. 166; *vid.* también el discurso del legado E. 854, fol. 151, respuesta en E. 854, fol. 154 (Gante, 4-4-1531).

²⁸ KF, iii (i), n. 479, pp. 103-104, Fernando a Carlos, 19-4-1531; le aseguró en otra del 27 inst. (n. 482, p. 116) que él tenía pocas esperanzas que le ayudaran otros príncipes, su única esperanza era Carlos. *Id.*, iii (2), n. 592, p. 412. Carlos a Fernando, 25-11-1531.

²⁹ KF, iii (ii), p. 315, Carlos a Fernando, Bruselas, 9-10-1531: «vous faytes fort de moy, sy besoing est. Touthoys, je desire n'y estre comprins, et que vous me obliges le moyns que poures».

³⁰ KF, iii (2), n. 599, p. 436, Fernando a Carlos, Innsbruck, 10-12-1531: «procuraré la paz y sosiego... aunque se aventure en ello auctoridad y rreputación. Pero trabajaré que la de V. M. quede siempre salva».

³¹ Su hermana María, reina viuda de Hungría, estaba de acuerdo con él. Mejor este año que otro; jamás estarían mejor aparejados. KF, iii (3), n. 632, p. 538, María a Fernando, 24-3-32; su respuesta *id.*, n. 633, p. 542. Movimientos del turco en KF, iii (3), n. 609, Fernando a Carlos, 12-1-32; n. 614, Carlos a Fernando, 29-1-32; Fernando a María, n. 621 (20-2-32) y n. 629 (12-3-32).

³² AGS, E. 858, fol. 88, pub. BKK, n. VIII, p. 493, Loaysa a Carlos V, 30-4-1532; también *supra* notas 00 y 00.

el encuentro en una campaña de máxima envergadura, justificando la intervención personal del Emperador. Desde su juventud Carlos V deseaba participar en una batalla. Todo príncipe renacentista reconocía la necesidad de demostrar habilidad bélica y sabía que era imprescindible para su honra y reputación participar personalmente en campaña. Carlos V no había podido arriesgar su vida de esta forma hasta tener un heredero varón en 1527 y desde entonces no se había presentado una oportunidad. El hecho de ser calificada como una guerra santa añadía al honor que podía sacar de esta empresa. A principios de abril de 1532 Carlos V anunció su determinación «así por la dignidad que Dios me ha dado como por otras muchas causas..., si el turco viene en persona, que no puede ser sino con gran poder, salir yo con la mía... donde espero en Nuestro Señor, pues la causa es suya, me ayudará». Sin embargo, su interés seguía siendo condicional: «no viniendo el turco en persona..., yo no pondré la mía en ello; sino dejando la provisión que pudiere, me partiré»³³. Carlos V declaró que esta empresa era «muy diferente de todas las pasadas, y en que ninguno debe ni puede dejar de servir y ayudar». Pidió dinero y tropas para Hungría a todos sus estados y volvió a organizar una campaña de diversión bajo el mando de Andrea Doria en el Mediterráneo, la cual resultó en la conquista de Corón y otros lugares en Morea³⁴. Prometió al Sacro Imperio que doblaría su contribución. La Dieta concedió 40.000 soldados que se sumaron a los 55.000 que Fernando reunió de sus estados³⁵. En la corte imperial pensaron que no llegarían a completar el número estipulado y se quedaron atónitos cuando algunos enviaron más aún³⁶. El papa ofreció la paga de 8.000 húngaros y alabó públicamente al Emperador, «diciendo cómo metía su vida y su hacienda en defensa de la cristiandad»³⁷.

Los dos potentes ejércitos se dirigieron hacia Viena, pero como sabemos, no llegaron a luchar. El mal tiempo y la resistencia heroica de la guarnición de Güns impidió el progreso de Solimán, dejándole un tiempo insuficiente para asediar a Viena antes del invierno. Al retirarse, hizo gravísimos daños por toda la comarca, tomando miles de esclavos cristianos. No obstante, Carlos V convitió su entrada en Viena en un acto triunfal, como si hubiese ganado la batalla. Como pronosticó el cardenal Loaysa, aun

³³ AGS, E. 636, fol. 133, Carlos V a Isabel, Ratisbona, 6-4-32, cit. en JOVER, *Carlos V*, p. 118. Dice JOVER, pp. 117-118: «Carlos V va a vivir unos meses de extraordinaria tensión, entregado a la empresa... con el espíritu impregnado por la idea de un combate grandioso y decisivo con un enemigo absoluto.»

³⁴ AGS, E. 636, fols. 153-155, Carlos a Isabel, Ratisbona, 11-7-1532, cit. JOVER, *Carlos V*, p. 122. El mismo día escribía al arzobispo de Toledo (AGS, E. 636, fol. 42) informándole de sus preparativos y admitiendo que su armada de 43 galeras y navíos, aunque estaba «muy en orden» no se podía comparar con las c. 100 naves del turco. Recuerda los éxitos en Morea en sus Memorias, CDCV, IV, p. 499.

³⁵ *KF*, iii (3), n. 645, p. 581, Fernando a María, 22-6-1532.

³⁶ Alfonso de Valdés a Juan Dantisco, 8-8-1532, en FORTÁN Y AXER (eds.), *Espanoles y polacos*, n. 64, pp. 234-235.

³⁷ AGS, E. 858, fol. 100, pub. BKK, n. XII, pp. 501-504, Loaysa a Carlos V, Roma, 22-6-1532, esto p. 503.

sin derrotar a Solimán habían ganado reputación y le habían dado a entender al turco que la próxima vez que atacara a la cristiandad «hallará quien le pudiera dar cabeza»³⁸. El gran esfuerzo y las grandes esperanzas que había suscitado la campaña hicieron a otros cómplices de esta representación heroica por el bando cristiano. Sin embargo Fernando no pudo ocultar su desilusión. Para él, la retirada turca fue un desastre³⁹. Loaysa también expresó su «entrañable dolor», escribiendo a Carlos V: «á mi juicio quien mucho os ama no tiene de que hacer fiesta de haberse vuelto el turco pacíficamente á su casa». No era esto tan sólo por saber que Solimán había «saqueado á su voluntad y quemado lo más de vuestro patrimonio» sino porque su ida le había quitado la oportunidad de ganar «gloria de Dios, y honra perpetua de vuestra imperial persona y con libertad del pueblo cristiano»⁴⁰. Por eso le animó a quedar en la zona y organizar «tal obra que descanse algunos años á la cristiandad y de alguna quietud al Rey vuestro hermano». Igual pensaba el papa, quien también quedó profundamente decepcionado cuando se enteró que Carlos V abandonaba el frente inmediatamente⁴¹. En pocas semanas el ejército cristiano se había desecho. A duras penas consiguió Fernando persuadir a su hermano que le dejase algunas tropas en Hungría. Escogió el Emperador unas compañías italianas. Para mayor abundamiento, estas tropas se amotinaron al poco tiempo. Los italianos se negaron a quedar en un reino que consideraban lejano y bárbaro del cual (como decían despectivamente) Fernando «es rey... postizo y estrangero»⁴². Fernando lamentó la pérdida de «tan bella oportunidad de servir a Dios y librar a la cristiandad de este tirano», confesándole a su hermana que «me queda tan gran pena que no puedo concebir de una alegría suficiente para borrar la memoria por el resto de mis días»⁴³. En medio de todo esto las noticias que la flota imperial había tomado a Patras y Castilnovo pasaron casi desapercibidas, pero como veremos, tendría importantes repercusiones para el Emperador⁴⁴.

³⁸ AGS, E. 858, fol. 88, Loaysa a Carlos V, Roma, 30-4-1532, la versión de Carlos en sus Memorias, cit. *supra*, p. 00.

³⁹ KF, iii (3), n. 668, p. 637, Fernando a María, 31-10-1532. Ya le había ya dicho que si los húngaros viesan que podía juntar un ejército cristiano potente, «tous se joindront de nostre cousté et recouvreray mon royaulme». KF, iii (3), n. 639, p. 588, Fernando a María, 12-5-1532.

⁴⁰ AGS, E. 858, fol. 115, Loaysa a Carlos V, Roma, 5-10-1532, pub. BKK, n. XIX, p. 510, y E. 858, fol. 131 [BKK, n. XVIII, pp. 508-509], 27-9-32, cit. p. 508. Se consolaba por su creencia que Dios tenía caminos secretísimos para el hombre.

⁴¹ AGS, E. 858, fol. 115, Loaysa a Carlos V, Roma, 5-10-1532, pub. BKK, n. XIX, p. 510. Carlos anunció su decisión de marchar en una carta a Isabel del 21-9-1532, o sea antes de entrar en Viena, AGS, E. 636, fol. 193, cit. en JOVER, *Carlos V*, p. 124. Reacción del papa, AGS, E. 858, fol. 116, pub. BKK, n. XX, p. 511, Loaysa a Carlos V, 16-10-1532. Parecida reacción por parte de J. de Comalonga a Dantisco, Viena, 27-9-1532, pub. en FONTÁN Y AXER, *Españoles y polacos*, n. 66, p. 237.

⁴² GIOVIO, fol. LXXXIII r., describe el motín con todo lujo de detalles.

⁴³ KF, iii (3), n. 664, p. 628, Fernando a María, 21-10-32: «m'est ung sy grant regret que ne say quele poura estre la joie que sera sufisante por le me fere oblier en tous les jours de ma vie: de veoeir que avons perdu sy belle comodité de servir à Dieu et [de] delivrer la cristianté de cestuy tiran». Véase también otra del mismo a su hermana, n. 661 (2-10-1532), y Fernando a Carlos V, 30-10-1532, n. 667, p. 635.

⁴⁴ AGS, E. 858, fol. 139, pub. BKK, n. XXII, pp. 516-517, Loaysa a Carlos V, Roma, 10-11-1532.

¿Por qué razón abandonaron los aliados el frente tan súbitamente y sin hacer ninguna empresa? En sus Memorias Carlos V manifestaba cierta incomodidad y mala conciencia al respecto, justificándose de esta forma: «viendo el Emperador que por entonces no se podía intentar la recuperación de Hungría, y que también en el ejército se había provocado una gran peste, determinó despedir toda la gente para evitar gastos superfluos», añadiendo que tenía ganas de volver a España por llevar cuatro años sin ver a su mujer ⁴⁵. En el momento se barajaban otras razones. En primer lugar, pese a la falta de una victoria militar, Carlos V había logrado honor y gloria. A la emperatriz le escribió orgulloso de «la honra y victoria que dios nos ha dado en haber comenzado a echar de la tierra [a] este común enemigo de la Christiandad» ⁴⁶. No quería arriesgarse a perder lo que había conseguido. En segundo lugar, sin estar Solimán presente, la campaña de Hungría no era de suficiente envergadura para justificar su presencia. Ante nada, su decisión se debía a la falta de recursos para hacer algo tan importante como recuperar a Hungría. En abril 1532 le admitió a Francisco I que «nuestra intención es, por ahora, tan sólo... resistir al dicho turco, conociendo que es cosa imposible pasar adelante a la ofensiva». Para una cruzada propiamente dicha necesitaba dos elementos que no estaban en juego: primero, el compromiso absoluto de sus propios territorios, y segundo, la participación del rey francés —y a ser posible de otros príncipes cristianos— ⁴⁷.

El Emperador sabía de antemano que no podía contar con una contribución importante ni de España ni de los Países Bajos para esta campaña. Los argumentos de Fernando que todo cristiano tenía el mismo deber de defender la cristiandad se aceptaban universalmente a nivel teórico, pero en la práctica se imponían diferentes criterios. Por regla general, un soberano no podía obligar a sus súbditos a contribuir sin justificar sus demandas. Era habitual socorrer a su señor en circunstancias específicas, por ejemplo, si estaba en peligro su persona o sus posesiones. Como otros príncipes, Carlos V necesitaba convencer a sus súbditos que su política concordaba con la ideología vigente y sus intereses particulares. La proposición que se hizo a las cortes de Castilla en 1532 ilustra cómo se entremezclaban los conceptos universales y particulares. Se explicó que Solimán «venía contra el Emperador... con intención de invadir la cristiandad». La meta del enemigo era Viena, «tierra antigua del patrimonio de Su Majestad». Una vez expuesto el deber de todo cristiano de defender a Dios y a la Iglesia se calificaron estas frases generales de esta forma: «si aquel infiel tomase las dichas tierras, todo lo demás y estos reinos, por la vecindad que tienen con África y turcos que allí residen... correría gran peligro». O sea, pese a la distancia del frente húngaro, los ministros imperiales

⁴⁵ CDCV, IV, p. 499.

⁴⁶ CDCV, I, n. CLXII, p. 400, Carlos V a Isabel, 21-9-1532.

⁴⁷ PEG, I, n. CXL, p. 603: «nostre intencion est de, pour maintenant seulement entendre à la deffension de ladict chrestienté, résister audict Turcq; congnoissant que pour passer plus avant à l'offension, ce seroit chose impossible si prestement, et ne le voudrions entreprendre sans la dresser par temps, avec l'intervencion mesement dudict Sr. roy très-chrestien».

intentaban convencer a los procuradores castellanos que la campaña tendría un impacto directo en sus vidas⁴⁸. Estos argumentos no convencieron a muchos, pero al decidir el Emperador que participaría personalmente la campaña pasaba a otro nivel. El gobierno de regencia hispano alabó su determinación: «muy santa, y la que se espera de príncipe tan católico y que tanta obligación tiene a la defensión de la Cristiandad». Nobles y eclesiásticos españoles se apresuraron a ofrecer sus personas y bienes. Una vez que se retiró el monarca se perdió la razón principal para ayudar y los reinos hispanos demandaron que ahora se dedicarían sus recursos contra el enemigo islámico que ellos sufrían en sus carnes y su bolsa —Argel—⁴⁹. Cruzada había más de una. Los reinos italianos adoptaron una postura parecida: ellos también tenían al turco casi en casa y mantenían que su necesidad era más apremiante que la lejana Hungría.

Es importante al respecto fijarse en que Fernando no manifestó un deber recíproco de ayudar a los estados mediterráneos contra sus enemigos musulmanes. Aferrándose a su pobreza e insistiendo que el peligro en Hungría era más grande que ningún otro, jamás aceptó que había otras empresas más meritorias contra el turco. De esta forma, él mismo contribuyó a destruir el ideal que tantas veces enunciaba del deber de todo cristiano a luchar juntos contra el infiel. Por un tiempo pensó que le salvarían los Países Bajos. Estas provincias no tenían lienzos particulares con Hungría pero a partir de 1531 la regente que los gobernaba era la reina María, viuda de Luis de Hungría. La mayor parte de sus posesiones quedaron en poder de los rebeldes húngaros y del turco y esto le hacía partidaria de cualquier campaña para recuperar el reino. Sin embargo antepuso su deber como regente y protegió a los neerlandeses cuando pudo de nuevas cargas impositivas. En 1532 Fernando envió una petición a los nobles y potencias principales de la región pero María se negó a distribuir estas cartas porque no era compatible esta iniciativa con la soberanía y autoridad de Carlos V. Cuando se enteró el Emperador de lo que ocurría le advirtió a su hermano que jamás volviese a repetir esta maniobra. Sólo el soberano tenía la autoridad y el derecho de pedir recursos allí⁵⁰. De hecho, los Países Bajos no manifestaron interés por esta campaña ni tampoco estaban en una situación favorable, debido a los graves problemas que tenían que abordar después de tantos años de guerra con Francia y a otros conflictos con príncipes nórdicos y alemanes.

De todas sus posesiones, pues, sólo el Sacro Imperio estaba cerca y directamente involucrado en la contienda con Solimán en Hungría y Austria. Pero aquí la autoridad

⁴⁸ La proposición acabó recordando a los procuradores «la obligación que a ello tenéis, viendo a vuestro príncipe en el peligro que está por servicio de nuestro Señor y en defensión de la cristiandad». LAIGLESIA, I, pp. 384-386, Cortes de Segovia, 1532.

⁴⁹ JOVER, *Carlos V*, pp. 119-126, cita en p. 120 de la carta de Isabel a Carlos, 13-5-1532. Hay varias cartas de nobles y obispos ofreciendo su ayuda al Emperador en AGS, E. 636.

⁵⁰ KF, iii (3), n. 645, Fernando a María, 22-6-1532, esp. pp. 581-582; respuestas de María, id., n. 646, p. 586 (22-6-32); n. 649, p. 591 (2-7-32); n. 651, p. 596, Fernando a María, 15-7-32; otra del 24-11-1532 en n. 676, p. 661, comentando la prohibición del Emperador, lo que le lleva a exclamar desesperado: «Velà... le bon espoir que me demoure de seurs ou assistance!»

del Emperador era más tenue. La multiplicidad de señoríos y las divisiones religiosas dificultaban las negociaciones con la Dieta y la organización de ejércitos. Por no provocar más disensiones, el Emperador aceptó las limitaciones que ellos imponían. Admitían los habitantes del Imperio el deber de defenderse y de ayudar a Fernando en Austria, pues (al contrario de Hungría) era un territorio cristiano, civilizado y pertenecía a una dinastía imperial importante. También se aceptaba la utilidad de apoyar a Fernando a defender lo poco que le quedaba de Hungría, porque estas tierras formaban un baluarte que les protegía de la invasión turca. Pero la reconquista de Hungría era otra cuestión. Esto se interpretaba como ambición dinástica de Fernando y para esto no daban recursos. Cuando las tropas del Imperio anunciaron su decisión de regresar a casa inmediatamente, Carlos V no lo impidió. Le explicó al papa que de otra forma «resçibieran pena de pasar adelante y es menester no descontentallos porq[ue] quando se ofresçiere otra nesçesidad ayuden y syruan»⁵¹.

Se ve que el Emperador reconocía que cada estado tenía su propio nivel de contribución para este frente. No intentaba imponer conceptos universales sin matizar. Demostró una sensibilidad parecida en sus relaciones internacionales. Mientras que no tenía reparo en licenciar las tropas imperiales, intentó persuadir al papa que continuase la paga de 40.000 escudos mensuales para el ejército que quedaba en Hungría, pues «el beneficio desto es vniuersal de toda la xpianda[d]»⁵². El papa tenía más obligación que nadie a la hora de contribuir a la defensa de la cristiandad. Al comenzar la crisis, el Emperador pidió al papa que pidiese a todos los príncipes de la cristiandad para que «se juntasen y confederasen para defender la xpiandad». Recibió una respuesta pragmática. Esto sería difícil y lento, por lo cual el papa le aconsejaba pensar lo que «particularmente deuría[n] hazer el papa, v.md., el rey de romanos, el rey de portugal pues a ellos este negocio principalmente toca»⁵³. Carlos V admitía que así era. Aunque insistió que el peligro era «común a toda la cristiandad» aceptaba que al estar amenazados sus estados mediterráneos y Austria por el turco, la empresa contra Solimán «nos toca más que a nadie»⁵⁴. No se atrevió a pedir ayuda al rey de Portugal «porque sabía los grandes gastos que continuamente hazía en las armadas contra los turcos»⁵⁵. La visión tan simple y atractiva de Fernando de que todo cristiano tenía el mismo deber, sin tener en cuenta la distancia o los intereses particulares no la compartían los otros jefes de la cristiandad.

⁵¹ AGS, E., leg. 636, fol. 231, Instrucción de Carlos V a don Pedro de la Cueva enviado a Roma, Viena, 4-10-1532.

⁵² AGS, E., leg. 636, fol. 231, Instrucción a don Pedro de la Cueva, 4-10-1532.

⁵³ AGS, E., leg. 854, fol. 155, Lo q[ue] se c[on]sultó [en Bruselas], 8-10-1531.

⁵⁴ PEG, I, n. CXL, p. 604, Instrucción al Sr. de Balançon, 3-4-1532: «Bien congnoissons que le dangier de ces deux emprinses nous concerne et touche en premier lieu... mais aussi ne faisons doubtte que ledict Sr... congnoit assez ue le dangier par conséquant est commung à toute la chrestienté.»

⁵⁵ AGS, E., leg. 636, fols. 145-146, Carlos V a Isabel, 11-6-1532, pub. JOVER, *Carlos V*, pp. 126-132, esto p. 130.

De éstos el más importante era Francia. Su riqueza y sus recursos humanos permitían igualar y exceder la potencia otomana. Desde 1525 Francia mantenía relaciones amistosas con el sultán. Después del desastre de Pavía justificaron estos contactos por necesidad extrema, ya que les permitía salvar al rey y al reino. Tres años más tarde sufrían una nueva crisis al perder la alianza con Génova y por ello el uso de la gran flota genovesa. La balanza de poder naval en el Mediterráneo se volcó a favor de Carlos V y los franceses necesitaban un aliado con fuerzas navales para equilibrarla. Ya que Venecia se mantenía neutral sólo quedaban las fuerzas otomanas. Las potencias cristianas sabían que se mantenía el contacto y por esto el papa y el Emperador dudaron de pedirle ayuda en 1531-1532. Temían que les diese una respuesta negativa que dejase al descubierto las divisiones en la cristiandad. Pero la necesidad les forzó la mano. Por varios meses se creyó que Solimán enviaría una armada potente contra Italia para crear una diversión importante mientras él conquistaba Hungría. Carlos V le rogó que ayudase a defender la cristiandad, pues era su deber por ser rey principal cristiano y gozar del título de «Cristianísimo»⁵⁶. Francisco I no tenía ningún reparo en abandonar la amistad otomana si a cambio recibía ganancias sustanciales. En la corte francesa comenzaron a debatir sobre las fuerzas que podían enviar a Italia. Esto hizo sonar la alarma en la corte imperial, donde siempre se mostró una hipersensibilidad respecto a Italia. Carlos V les informó sin más que las fuerzas francesas tendrían que servir bajo sus órdenes, como lo harían los príncipes italianos, condición que el rey francés rechazó muy ofendido. Francisco I no aceptaba que sus tropas recibiesen órdenes de otro superior⁵⁷. En 1532 el Emperador volvió a la carga, pidiendo ayuda de nuevo. La documentación prueba su determinación de controlar el bando cristiano. Dio instrucciones minuciosas a sus embajadores en Francia para que persuadiesen a Francisco a contribuir con dinero, pero bajo ningún concepto debían aceptar tropas y menos aún la participación personal del Rey⁵⁸. El Emperador no quería compartir el mando ni la gloria y Francisco I no podía aceptar un papel inferior a su émulo.

El impedimento mayor a la participación de Francia en la defensa de la cristiandad no fue, pues, su amistad con el turco. Era cuestión de rivalidad con Carlos V. Éste tenía la gran ventaja de un título superior y en cada momento insistía en su papel supremo dentro de la coalición cristiana. No cedía ni un ápice en su autoridad, por lo cual no quedaba papel honroso a Francisco I ni al rey de Inglaterra. Ambos monarcas se negaron a contribuir bajo las condiciones que el Emperador imponía, por lo cual él les criticó duramente, acusándoles en público de faltar a su deber como caballeros cristianos. Fue especialmente duro con Francisco I declarando que no merecía su título

⁵⁶ PEG, I, n. CXL, Instrucción al Sr. de Balançon, 3-4-1532, p. 604: «il est tenu comme précellent en dignité et nom de très-chrestien aux aultres princes».

⁵⁷ PEG, I, n. CVII, p. 503, Instrucción de Cologne, 6-1-1531/32 y respuesta de Francisco, id., n. CXLII, p. 612: «jamais ne consentiroit pour ung tel affaire que ses enseignes marchassent soubz autre que soubz luy: car en cest endroit il veult avoir sa part du bien et du mal».

⁵⁸ PEG, I, n. CXL, pp. 601-608, Instrucción al Sr. de Balançon, 3-4-1532.

de Cristianísimo. Fernando también cargó contra estos dos reyes «que se titulan “cristianísimo” y “defensor [de la fe]” quienes al contrario merecen ser conocidos como “destructores de la cristiandad”». Ellos también estaban profundamente resentidos, encontrándose en un callejón sin salida ⁵⁹.

Las críticas hicieron reaccionar a Francisco I. De todas formas se había apercibido que él también podía sacar ganancias importantes de la crisis. De repente anunció: «Pese a que le habían quitado todo lo que le pertenecía en Italia por conservar el nombre de rey cristianísimo... si el turco descendiese contra Italia, irá a defenderla en persona.» Ofreció 3.000 lanzas gruesas, 5.000 infantes y parte de su armada, pero dejó muy claro que no participaría en la defensa u invasión de Hungría, por esto «él no podía desguarnecer sus Reinos» ⁶⁰. Anticipando la polvareda que se levantaría con esta noticia les amenazó que si rechazaban esto y el turco atacaba a Italia, «no era la culpa suya, pues él con esta oferta había cumplido con Dios y consigo y con el mundo» ⁶¹. La noticia causó un auténtico escándalo en Roma y en la corte imperial. Era esto una forma novedosa de hacer una invasión de Italia. Un cardenal se atrevió a decir en Consistorio que Génova y Milán eran «el turco contra quien él quiere pelear». Sin embargo no quedó más remedio que guardar las formas. El papa agradeció su buena voluntad a la vez que ordenaba a su legado que le apartase de hacer tal cosa. Carlos V ya había dado órdenes a sus embajadores de disuadirle de todo lo que no fuese una ayuda financiera ⁶². No se supo hasta mucho más tarde que Francisco I había intentado persuadir a Solimán a dejar el frente húngaro y concentrar todas sus fuerzas contra Italia ⁶³. Era una maniobra digna del mundo maquiavélico en que vivían.

Debido a los problemas que suscitaba la campaña de Hungría, Carlos V quiso cerrar el frente. Le rogó a Fernando que negociase inmediatamente «una buena paz» con

⁵⁹ PEG, I, n. CXL, pp. 601-608, Instrucción de Carlos V (3-4-1532) y n. CXLII, pp. 611-613, respuesta de Francisco, s. d.; PEG, I, n. CVII, p. 532 respuesta del rey de Francia, s. d. (el ed. le da fecha fines de abril 1531); lo que más le dolía a Fernando era la alianza francesas con Transilvania, KF, iii (3), n. 639, Fernando a María, 12-5-1532, p. 557. Francia e Inglaterra se refugiaban tras el argumento que si el peligro era común, el papa y el Emperador tenían el deber reunir a toda la cristiandad y no sólo presionarles a ellos.

⁶⁰ La oferta en PEG, I, n. CXLII, pp. 611-612: en p. 612 «encoires que on luy ayt fait quicter ce que lui appartenoit en Ytalie, néantmoins que, désirant conserver le nom de roy très-chrestien... si le Turcq descend en ladicte Ytalie, il yra pour la deffence d'icelle en parsonne». Carlos informó a Isabel de lo que ocurría, 11-6-1532, añadiendo la frase citada, AGS, E. 636, fols. 145-146, pub. JOVER, *Carlos V*, pp. 126-132, esto p. 130.

⁶¹ AGS, E., leg. 858, fol. 95, pub. BKK, n. X, pp. 495-500, esto p. 497, Loaysa a Carlos V, Roma, 17-5-1532. Carlos V había intentado disuadirle de toda intervención en Italia, v. su Instrucción al Sr. de Balançon, 3-4-1532, PEG, I, n. CXL, pp. 601-608, esp. pp. 604-606.

⁶² AGS, E., leg. 858, fol. 95, pub. BKK, n. X, p. 498, Loaysa a Carlos V, Roma 17-5-1532. A los cardenales «les parecía mal y que nascía de mala intención» esta oferta. PEG, I, n. CXL, pp. 604-605, Instrucción de Carlos V al Sr. de Balançon, 3-4-1532.

⁶³ Su embajador llegó demasiado tarde para cambiar la estrategia otomana pero siguió en el séquito de Solimán durante toda la campaña. Knecht, *Francis I*, p. 225.

el turco. Cuando se enteró que a Solimán no le interesaba la negociación si no se apuntaba él decidió enviar Cornelis van Schepper a Estambul para poder controlar las negociaciones. Schpper tenía órdenes de apoyar a Fernando, pero se le advirtió «que no se prometa nada de nuestra parte... que pueda dar la impresión que nosotros queremos negociar con el [turco]». El Emperador se daba cuenta de que Fernando tendría que pagar tributo al Gran Turco y firmar condiciones deshonrosas, por eso quería distanciarse del acuerdo —«vous en demeslerez entierement»— aunque se comprometía a observar la concordia⁶⁴. La paz que se firmó el 23 junio 1533 aceptaba el *status quo* territorial. Era perpetua si Fernando la respetaba; aún más, Solimán «ha asegurado a Fernando, como a un hijo suyo, el auxilio contra cualquiera». Schepper quedó tan asombrado del resultado que comentó que «en ello nada ha mediado sino la voluntad de Dios»⁶⁵. Las precauciones del Emperador no fueron suficientes para evitar críticas ajenas. Los franceses intentaron desacreditarle, acusándole de haber abandonado a la cristiandad y negociado sin permiso del papa. Carlos V pudo responder que había avisado a Clemente VII con una embajada especial. Recalcaba que él no estaba incluido en la paz ni había negociado oficialmente con el enemigo de la fe⁶⁶.

Una vez hecha la concordia quería guardarla. Cuando Fernando intentó al año siguiente romper la paz y montar una nueva ofensiva en Hungría, Carlos V resistió «resolutamente» a participar en ella, pese a que ciertos consejeros le rogaban que cediese. Al principio el embajador de Fernando, Martín de Salinas, defendió al Emperador, asegurando a Fernando que le «sobra voluntad» y que se preocupaba mucho por Fernando y no podía hacer más por sus trabajos y gastos de la guerra pasada. Más tarde se dio cuenta que era el propio Emperador quien se mostraba reacio a tal petición. Se negaba rotundamente a participar porque no quería meterse en el negocio. Después de meses de presión y muy a regañadientes, el Emperador prometió hasta 100.000 escudos de ayuda a Fernando en caso de una nueva guerra⁶⁷. Por su parte presionó a Fernando para que hiciese una concordia con los venecianos y le criticó por fundar

⁶⁴ KF, iii (3), n. 672a, Instrucción de Carlos V a Corneli van Schepper, 13-11-1532, pp. 645-646, citas p. 646: «tiendrez main... que riens en soit promis de nostre part quant aud. Turcq, par où l'on puist conjecturer ny nous imputer que voulsissions entrer à traicter avec led. Turcq, ains seullement que aurons agreable et observerons ce que sera convenu et accordé entre nostred. frere et sad. partie adverse pour la paciffication dud. royaume d'Hongrye».

⁶⁵ Schepper a Dantisco, 8-10-1533, con un relato de su estancia en Estambul y la paz, en FONTÁN y AXER, *Españoles y polacos*, n. 74, pp. 244-246, citas p. 245.

⁶⁶ Meses más tarde insistía que Schepper llevó «cargo muy expreso de no tractar nada de p[ar]te de su Magd. syn la comprehensión del papa y de todos los reyes y principes Chri[sti]anos». AGS, E. 1483, fol. 106a, consulta, diciembre 1533.

⁶⁷ SALINAS, II, n. 254, p. 600, a Fernando, 28-5-1534; n. 255, pp. 602-603, *ibid.*, 12-6-34. Granvela intentó convencer al Emperador que era una gran oportunidad para recobrar a Hungría pero éste respondió «resolutamente, no poder hacer otra cosa» más que enviar ese dinero. Salinas persistió de parte de su señor y el Emperador continuó duro, Salinas a Fernando, *ibid.*, II, n. 262, pp. 617-618 (29-9-1534); II, n. 263, p. 620 (10-12-1534).

siempre su política «sobre la reputación de cualquier suerte que sea»⁶⁸. El mensaje era muy claro: le ayudaría a defender los estados patrimoniales pero no participaría en la política expansionista de Fernando en Hungría.

El alférez de Dios⁶⁹

Mucha tinta se derramó en el debate sobre los orígenes del *idearium* de Carlos V y específicamente si su concepto de guerra contra el infiel se basaba en las tradiciones de cruzada ibéricas o imperiales o respondía a conceptos caballerescos de Borgoña. Hoy en día está claro que eran conceptos fundamentales cristianos compartidos por todos aunque se interpretaban de forma diversa y particular. Sin embargo persiste la idea de que la época más activa del Emperador en el Mediterráneo se debe, de alguna manera, al proceso de «hispanización» que tantos historiadores creen perfilar después de regresar de Viena. No cabe duda que el tiempo y la convivencia resultaron en una aproximación del monarca y de los reinos hispanos, manifestando éste un mejor conocimiento de los ideales y problemas de la región. Pero es importante comprender que la política de Carlos V fue en todo momento una política internacional concebida para mantener a salvo su extenso imperio. Una política que fundamentalmente respondía a las crisis sucesivas y no a planes propiamente concebidos y que seguía teniendo como meta principal el control de Italia. Es cierto que durante sus estancias en cada estado respondía de forma directa a los problemas de la zona. Esto no se debe tan sólo al ambiente que respiraba en ese momento. El hecho de que estaba allí prueba que la zona tenía problemas tan graves que él había admitido la necesidad imperante de atenderles.

Al llegar a España en 1533 pudo comprender la ansiedad del gobierno de regencia por los daños que provocaban los ataques corsarios y comprobó la obsesión del pueblo español por una expedición contra Argel⁷⁰. Una fuente hagiográfica musulmana describe al jefe del estado corsario, Hayredin Barbarroja, «como el sol entre las otras luminarias,

⁶⁸ SALINAS, II, n. 258, p. 609, a Fernando, 20-8-1534, c. Venecia; las críticas en n. 261, p. 615, a Fernando, 4-9-34.

⁶⁹ GÓMARA, *Guerras de Mar*, cuenta que le preguntaron a Carlos V quién iba a servir de capitán general en el asalto de Túnez. El Emperador (p. 164) «les mostró un crucifijo y les respondió que *aquel cuyo alférez él era*», lo cual les conmovió profundamente.

⁷⁰ El relato de LÓPEZ DE GÓMARA, F., recientemente editado por BUNES IBARRA, M. A., y JIMÉNEZ, N. E., *Guerras de mar del Emperador Carlos V*, Madrid, 2000, ofrece una útil perspectiva coetánea hispana. Las narrativas de Diego de Torres, Mármol Carvajal y Salazar ofrecen mas detalles del importante sector magrebí que apenas recibía atención por parte del Emperador y que se estudió también por HESS, A. C., *The forgotten frontier: a history of the sixteenth century Ibero-African frontier*, Chigago, 1978. DE TORRES, D., *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarundante*, Sevilla, 1586, GARCÍA ARENAL, M. (ed.), Madrid, 1980); DEL MÁRMOL CARVAJAL, L., *Primera parte de la descripción general de África*, 2 vols., Granada, 1573, y DE SALAZAR, P., *Hispania Victrix*, Medina del Campo, 1570. Se pueden seguir

que [en] saliendo él todas pierden la luz. Se puede decir que Dios lo crió para miedo de los cristianos y para que no osasen navegar»⁷¹. Sin duda era el corsario más temido en el Mediterráneo y tras sus éxitos más notables —la expulsión del presidio castellano del peñón de Argel en 1529, y la derrota de las galeras hispanas poco después— Solimán lo admitió como aliado y vasallo. Argel quedó bajo la protección militar y espiritual del sultán otomano. La acción de Solimán respondía a su creciente interés por la zona mediterránea. La conquista de Corón y otros lugares de Morea y el golfo de Corinto en 1532 por las fuerzas imperiales dio el toque de alarma en Estambul, convenciéndole de la necesidad de reforzar sus defensas y mejorar sus fuerzas navales. Llamó a Barbarroja a la corte y le dio el cargo de kapudan pachá, dejando en sus manos la reorganización de la armada. Cuando botó al mar en 1534 Barbarroja era más que un rey corsario; era el jefe de la armada turca y máximo representante del sistema otomano en el Magreb⁷². La guerra de corso se fundió con el conflicto entre dos imperios.

Un proceso parecido había ocurrido en el campo imperial. Al principio de su reinado Carlos V no había mostrado interés por empresas mediterráneas. Durante la guerra con Francia pudo comprobar la insuficiencia de sus fuerzas navales. En 1528 la situación cambió radicalmente. El almirante genovés, Andrea Doria, abandonó el bando francés y se puso al servicio del Emperador con toda la flota genovesa, dándole una clara ventaja sobre las fuerzas navales francesas. La alianza con Génova también mejoró notablemente su posición en Italia: le daba una base para resistir otra invasión francesa y la posibilidad de hacer préstamos con sus importantes mercaders. La única forma de asegurarse de su lealtad era por vía de un contrato permanente, de un pago anual importante y de asegurarse que las galeras genovesas estuvieran empleadas permanentemente. La actividad que vemos desarrollar en la zona mediterránea en este momento no se debía ni al idealismo ni a la hispanización sino a la imperativa de reducir el peligro corsario y ocupar a los barcos italianos. Descartó los métodos y tradiciones españolas en el Magreb pasando a dar el papel principal a la flota y no al ejército, y concediendo un papel determinante a sus aliados italianos⁷³. Su ansiedad por Italia influía su estragia y con frecuencia la determinaba. La flota imperial residía casi siempre en mares italianos, pese a las constantes peticiones españolas para que permitiese que sus galeras quedasen en aguas territoriales⁷⁴. Sin embargo, mientras que se fiaron de las promesas del Emperador y tenían buena esperanza de que haría la empresa de Argel, no fueron muy volubles sus críticas.

algunos de estos acontecimientos desde el punto de vista del bando contrario en BUNES, M. A., y SOLA, E. (eds.), *La vida e historia de Hayradin, llamado Barbarroja*, Granada, 1997.

⁷¹ BUNES y SOLA, *Barbarroja*, p. 47.

⁷² La política naval del sultán otomano se ha estudiado por HESS, A. C., «The evolution of the Ottoman seaborne empire, 1453-1525», *American Historical Review*, 75 (1970), pp. 1892-1919; IMBER, C., «The navy of Suleyman the Magnificent», *Archivum Ottomanicum*, VI (1980), pp. 211-282.

⁷³ JOVER, J. M., *Carlos V*, especialmente pp. 86-94, 129 y 131.

⁷⁴ Esto se ve claramente en las negociaciones con el nuncio de 1531, AGS, E., leg. 854, fol. 167, Memoria de las conversaciones, y fol. 171, el memorial que dio el nuncio.

En 1534 todo parecía estar listo para la campaña de Argel. Los preparativos estaban ya muy avanzados cuando el Emperador anunció que su meta era otra. Había escogido la nueva base otomano-corsaria en Túnez. Túnez era un reino islámico aliado con Carlos V que había tenido sus disgustos con el estado vecino de Argel. La conquista de Túnez fue el primer éxito de Barbarroja como jefe otomano y esto concedía más importancia a la campaña. El grado de reputación era de suma importancia porque el Emperador buscaba aún una oportunidad para participar personalmente en alguna guerra. La empresa tenía otras ventajas: el rey de Túnez le pidió ayuda para recuperar el trono, ofreciendo dinero y vituallas para el ejército imperial, y la cooperación de sus súbditos leales, lo cual facilitaba notablemente la victoria. Por último, el Emperador se dejó guiar por los beneficios que podía sacar de esta campaña en Italia. Túnez era una base idónea para dañar el comercio y la seguridad de Italia. La proximidad de Barbarroja provocó tal terror en los estados pontificales que el papa ofreció enviar sus galeras para que se juntasen con las de Carlos V si éste se comprometía a defenderles⁷⁵. El Emperador no pudo resistir esta oportunidad para ganar más reputación y autoridad en la península, especialmente después de haber criticado públicamente al rey francés porque no hacía nada para proteger a Italia del turco y de Barbarroja⁷⁶.

La decisión del Emperador de asumir el mando del ejército en 1535 respondía en parte a este imperativo ancestral de demostrar su proeza militar. Hizo todo lo posible para asegurarse de la máxima publicidad para esta campaña. Llevó consigo a pintores, poetas, músicos y cronistas para dejar plasmado en todos los medios la imagen de un héroe militar; aún más, de un caballero cristiano dedicado a la defensa de la cristiandad⁷⁷. Su participación personal se debía también a otras presiones. Era una paradoja: Carlos V tenía que arriesgarse precisamente porque el gobierno de regencia hispano no aprobó el cambio de plan y se opuso a la empresa, insistiendo en la prioridad de la de Argel⁷⁸. Sin los recursos españoles no era posible montar una expedición importante, por lo cual necesitaba obligarles a contribuir. Al participar el monarca en persona, no tendrían otra opción más que acceder a sus demandas, pues las normas aristocráticas imponían la obligación de proveer los recursos necesarios para asegurar su vida y su victoria. Finalmente, su presencia también facilitaba la coordinación siempre difícil de las fuerzas hispano-italianas y reforzaba su imagen de pulcro defensor de la cristiandad forjada en Viena. En fin de cuentas, fue una decisión pragmática más que heroica, lo que

⁷⁵ SALINAS, II, n. 257, p. 607, a Fernando, 29-7-1534. «La conquista de Corón en Gómara», *Guerras de Mar*, pp. 138-141 y p. 143; la guerra de Túnez, pp. 156-181.

⁷⁶ AGS, EK. 1483, fol. 106a, Consulta, diciembre 1533.

⁷⁷ Entre otros estaban los artistas y escritores flamencos como Vermeyen (quien se encargó de diseñar los magníficos tapices de la conquista), Second, Taisnier, van Male y Vandenesse, y españoles como Garcilaso. Véanse los textos e imágenes del catálogo de la reciente exposición, *Carlos V Las Armas y las Letras*, Granada y Madrid, 2000, esp. pp. 28-30.

⁷⁸ SALINAS, II, n. 270, p. 631, a Fernando, Madrid 21-2-1535: «Toda esta corte está alborotada y creen y afirman que S. M. quiere pasar en la dicha armada.» MARCH, J. M., *Niñez y juventud de Felipe II*, Madrid, 1941-1942, II, n. 32, p. 243, Estefanía de Requenséns a su madre, 22-5-1535.

no disminuyó su impacto a nivel popular. Las élites hispanas no lo tenían tan claro. Al confirmarse la noticia que Carlos V asumía el mando del ejército los nobles españoles se apresuraron a hacer su deber, acudiendo muchos para acompañar al monarca, compitiendo para ver quién llevaba un séquito más grande y más lucido. «Es tanta la gent que cada día va —comentó una de las damas de la emperatriz desde Madrid en mayo 1535— que no resta en Castella grande ni cavaller, que no tinga just impediment, que dexe de anar»⁷⁹.

Para contrarestar la oposición de las Cortes castellanas Carlos V hizo lo posible por convencerles que la campaña de Túnez era simplemente una extensión de la política magrebí de los Reyes Católicos. Entraba dentro de las tradiciones españolas y afectaba directamente su futuro. De parte del monarca se declaró que Solimán había enviado a Barbarroja a «tomar alguna plaza de importancia destos reinos» y éste había comenzado la campaña antihispana estableciendo una base en Túnez. Quienquiera que inventó esta abigarrada estrategia tenía más imaginación que experiencia militar. De hecho no se podía ocultar que esta empresa se hacía principalmente para el beneficio de Italia. En la propia proclamación a las Cortes se admitía que Túnez era un estado «muy cercano y vecino á los nuestros reinos de Sicilia y Nápoles»⁸⁰. Por eso, cuando se recibió la buena noticia de la victoria imperial en Túnez, la corte española organizó las fiestas de costumbre, entre ellas un *Te Deum* y corridas de toros, pero no dejaron de criticar al monarca. La emperatriz volvió a comunicarle la opinión negativa del gobierno hispano al respecto, declarando que de la empresa de Túnez «han gozado más particularmente los reinos de Nápoles y Sicilia y toda Italia, por haberles echado de allí tan mal vecino». Le explicó que las repercusiones de esta victoria serían muy graves para los reinos hispanos. Se habían gastado los recursos que podían haber dedicado para la empresa de Argel y sabían de antemano que Barbarroja se vengaría de su derrota lanzando un nuevo ataque contra los reinos hispanos, pues le quedaban a mano desde Argel⁸¹. Al Emperador debió molestarle esta reacción tan amarga pero no le dio gran importancia, creyendo como otros de su séquito que había conseguido una victoria sin par. «No[n] fu fatta mai opera piu pia di questa ne maggior beneficio a tutta christianita», se jactaba el comandante imperial Ferrante Gonzaga. Lamentaban no haber matado a Barbarroja pero estaban convencidos que no representaba ya un peligro por

⁷⁹ MARCH, *Niñez y juventud*, II, n. 32, p. 243, carta a su madre, 22-5-1535. JOVER, J. M. (*Carlos V*, pp. 135-137) piensa que la opinión española se puede dividir en dos sectores: a nivel popular se jactaban de la victoria y alababan la santa intención imperial. A nivel de las élites se criticaba al Emperador por seguir tan dudosa política y por el peligro en que ponía su persona y sus reinos.

⁸⁰ LAIGLESIA, I, Proposición a las cortes de Madrid, 1534, pp. 387 y ss., lo de Túnez pp. 390-392, citas en p. 390. Así se interpretó también por muchos españoles, GÓMARA, *Guerras de Mar*, p. 159, y el comentario de la emperatriz más adelante en p. 00.

⁸¹ Cit. JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 136, carta con fecha 24-9-1535. Las fiestas en MARCH, *Niñez y juventud*, II, n. 41, p. 261, Requeséns a su madre, Madrid, 29-8-1535.

quedar derrotado, maltrecho y débil; «restara poco men che al tutto annichilato»⁸². Carlos V estaba eufórico por haber conseguido su primera victoria personal y se dedicó a disfrutar de su éxito. Lo único que se oía en la corte imperial eran vítores y festejos. Mientras tanto, las costas españolas vivían días de ansiedad y terror, fortificándose por si acaso les atacaban⁸³. No tardaron las represalias. El peor azote les cayó a las Islas Baleares, asaltadas por un escuadrón otomano-corsario. El puerto de Mahón fue saqueado y quemado. Un relato islámico cuenta cómo se encontraron allí con ciertas naves cristianas que habían participado en Túnez. No podían éstas creer que Barbarroja tenía fuerzas para hacer represalias inmediatas. No creían lo que veían; «habiéndole dejado en Túnez huyendo y desnudo... quedaron espantados de verle allí»⁸⁴. Cautivaron miles de habitantes cristianos y con ellos volvieron a armar un buen golpe de galeras. Poco después de ser notificada de estas represalias, Isabel se quejaba de «el daño que se hace en estos [reinos] por este enemigo se siente más ahora que en otro tiempo»⁸⁵.

Otra pérdida significativa pero poco conocida de la época tunecina fue la retirada imperial de Corón. Carlos V decidió abandonar la plaza principalmente por el gasto que se hacía para mantenerla. Acostumbrado a sacar provecho de todo, presentó su acción como un favor a los reinos hispanos. Declaró que lo hacía para complacerles después de oír sus quejas por las cargas excesivas que les había impuesto⁸⁶. Hasta cierto punto pudo ser verdad, pero la importancia de esta retirada se debe a lo que indicaba de la futura dirección política y estratégica del Emperador. La plaza no le servía porque no tenía intención de seguir una política expansionista en Morea. Era confirmación de su deseo de distanciarse del peligro turco que amenazaba al sector oriental de la cristiandad. Sin embargo parecía resignado a la necesidad de montar otra campaña mediterránea, prometiendo al gobierno de regencia que regresaría a España en la primavera de 1536 para hacer la empresa de Argel. Llenos de alegría y esperanza, y confiados que cumpliría su palabra, los reinos hispanos comenzaron a hacer sus preparativos inmediatamente⁸⁷. No tardaron en sufrir otra nueva decepción. A la vez que comunicaba su decisión de ir contra Argel, el Emperador advirtió que la situación en Europa se hacía cada vez más inestable. Todo señalaba que se asomaba una nueva guerra contra Francia por el ducado de Milán. Así fue. El Emperador decidió responder a la agresión francesa, aplazando la empresa mediterránea y pidiendo esfuerzos hercúleos a sus estados para abatir al rey francés. Sin duda influyó también su falta de interés

⁸² Un documento ampliamente diseminado fue la relación de Ferrante Gonzaga a su hermano, el cardenal Hercule, desde Túnez (28-7-1535), citada aquí del folleto titulado *La felice victoria de Tunici & Goletta fatta da la Cesarea Maiestà de Carlo V imperatore*, 1535.

⁸³ SALINAS, II, n. 281, pp. 659-663, esp. 662-663, a Fernando, 15-10-1535.

⁸⁴ BUNES y SOLA, *Barbarroja*, p. 127.

⁸⁵ Cit. JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 136, carta con fecha 24-9-1535.

⁸⁶ JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 125, aludiendo a las cartas de Isabel a Carlos V, 2-3-1533.

⁸⁷ La emperatriz recibió las noticias a principios de diciembre de 1535 y estaba muy alegre, como era de esperar. JOVER, J. M., *Carlos V*, pp. 137-138.

por la expedición contra Argel. Jamás compartió la pasión de los reinos hispanos por esta empresa ni su alta valoración. No pesaban sobre él las tradiciones de cruzada en el Magreb, y no compartía el sufrimiento ni las expectativas de sus súbditos españoles.

La falta de entusiasmo por Argel y la retirada de Corón concuerdan con su determinación a concentrar todas sus fuerzas contra el rey francés en 1536. La falta de éxito de la gran campaña contra Francia volvió a dejarle indeciso y a reanudar su interés por una guerra contra el infiel. La idea de formar una nueva Liga para hacer cara al peligro islámico fue fruto de la época triunfal de Túnez. En medio de un ambiente febril, eufórico y mesiánico no parecía quedar empresa que no pudiera ganar el Emperador, este ser elegido por Dios para salvar la cristiandad. Al papa y a los venecianos les interesaba sobremanera. Querían utilizar las fuerzas imperiales para dar marcha atrás a la expansión otomana en las riveras vecinas. Es posible que a medida que se acercaba la guerra con Francia, los imperiales pensaran que la Liga podía servir para desviarla. Carlos V intentó de interesar a otros príncipes cristianos en este proyecto. Llegó al extremo de proponer a Enrique VIII que participase en ella. El rey inglés no había mostrado el más mínimo interés por meterse en la anterior, pero se pensó que Enrique VIII buscaba una «buena y sancta obra» en la que gastar el dinero que había sacado de la despoliación de los monasterios. Carlos V le aseguró que esta cruzada sería lo mejor «pa[ra] el descargo de su consciencia». Es de sumo interés ver que el Emperador intentó desde el principio controlar y limitar esta participación. Ordenó a su embajador que desviase cualquier oferta de ir el rey personalmente en la campaña. Se le debía decir que «dessearíamos en grand manera q[ue] se pudiesse personalme[n]te emplear en ello», pero que no era aconsejable que el rey se ausentase de sus tierras por tanto tiempo y «ta[n] lexos de la p[ar]te donde conuiene emplear las fuerças contra el d[i]cho turco»⁸⁸. A la vez que proponía esta Liga, el Emperador les pedía una alianza agresiva contra Francia. O sea, seguía dos vías políticas incompatibles: la Liga se fundamentaba en la unidad de la cristiandad contra un enemigo común, mientras que el conflicto con Francia era parte de un mundo dividido en el cual los intereses estratégicos y no la ideología determinaban las relaciones internacionales.

La Liga se estaba convirtiendo en una panacea como se pudo ver en el famoso discurso de Carlos V en Roma en 1536. Intentó convencer al mundo que «mi intención no es hacer guerra contra los cristianos, sino contra los infieles... y que posea cada uno lo suyo». Por eso les prometió organizar una gran cruzada contra el imperio otomano. Se había dado cuenta que le temían y que esto impulsaba a los príncipes cristianos a apoyar la agresión del rey francés. También apreciaba que el recelo y reparo de las potencias cristianas a la hora de participar en una Liga se debía a su convicción que la victoria contra el turco beneficiaba principalmente a Fernando y al propio Emperador.

⁸⁸ Añadiendo que esto «sería muy difícil y au[n] como imposible». AGS, E., leg. 806, fol. 57, de Gaeta, 28-3-1536.

Por eso les aseguró que organizaría una empresa en la que «habrá mucha tierra para que podamos partir, sin pensar a lo de acá»⁸⁹. Era el primer indicio que la corte imperial tenía una estragía que les permitía allanar el mayor impedimento que estorbaba la formación de una Liga. Es decir, confiaban de poder llevar a cabo un plan que permitiese al Emperador hacer de caudillo de la República Cristiana a la vez que ofrecía beneficios concretos a todos los participantes.

No convenció a sus interlocutores pero sí dejó al papa y a Venecia con la miel en la boca. Fueron ellos los que cogieron la iniciativa y propusieron la formación de una Liga en 1538. En febrero 1538 se firmaba el acuerdo. Estaba en medio de la guerra con Francia, pero Carlos V se apuntó. Aún más, se comprometió a cubrir la mitad de los gastos pese a que se barajaban fuerzas increíbles —hasta 300 naves y 60.000 soldados—. El gobierno hispano expresó la más vehemente oposición a los costes excesivos de la política imperial y le amonestaron que antes de decidir cuál sería la empresa principal de la Liga en 1539 debía tomar en cuenta «la posibilidad que podrá tener para ello»⁹⁰. ¿Cómo explicar esta curiosísima decisión del Emperador? Jover piensa que se firmó la Liga porque la propuesta llegó en buen momento a la corte imperial. Después de la derrota de 1536 las cosas marchaban bien en todos los frentes aunque no se consiguiera derrotar definitivamente a Francia. También cree que Carlos V se dejó arrastrar «como tres años antes, [por] la fuerza sugestiva de una empresa gloriosa contra los infieles»⁹¹. Es posible ofrecer otras interpretaciones. Pudo ser precisamente por verse en medio de una contienda dudosa que no podía ganar lo que le animó a firmar la Liga, pues de esta forma se podía retirar con honor de la guerra con Francia mediante una tregua. La Liga —como comentó Jover— lo puso de nuevo «en su posición predilecta de caudillo, junto al papa, frente a los enemigos de la Cristiandad»⁹². Es probable que el espíritu de cruzada volvió a prender llama en el pecho del Emperador cuando por fin se consiguió la tregua con Francia. Tal fue su entusiasmo que después de las reuniones con Francisco I y el papa se convenció a sí mismo que compartían su sueño por una cruzada magna. A principios de 1538 descubrió su gran estrategia en una audiencia con los embajadores venecianos: su meta era la conquista de Estambul. Estimaba que se necesitarían unos 200 barcos, 60.000 hombres y 2.000 caballos para mover la cuantiosa artillería necesaria. Para reunir tantas fuerzas se necesitaba tiempo, por lo cual quería posponer la campaña principal —que había prometido para ese año— hasta 1539⁹³.

⁸⁹ Del discurso del emperador en Roma, cit. JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 165. No se ha aclarado aún qué tipo de acuerdo se firmó en 1536, si una concordia comercial o una campaña militar, KNECHT, *Francis I*, pp. 274-275, otros detalles de su cooperación, VAUGHAN, *Turks and Europe*, pp. 122-124.

⁹⁰ Cartas de Isabel a Carlos, Valladolid, 13-3-1538 y 14-6-1538, cit. JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 365.

⁹¹ *Carlos V*, p. 363.

⁹² JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 363.

⁹³ BRANDI, *Charles V*, pp. 415 y ss., el discurso a los venecianos, pp. 416-417. Queda claro por la consulta

Parece inverosímil que un político tan experimentado y pragmático pudiese haber propuesto tal cosa. ¿Cómo pudo ser insensible a las traiciones anteriores de Francia o indiferente a la amistad entre Francisco I y Solimán? En las Cortes de Valladolid de 1537 habían denunciado públicamente a Francisco I por su alianza con el Gran Turco y por haber consentido que invernaran barcos musulmanes en Marsella. Las fuerzas navales franco-otomanas habían actuado juntas en ataques contra los estados de Carlos V⁹⁴. Pero el Emperador parecía estar confiado que su estrategia podía atraer a todos. Sin embargo es muy significativo que cuando reunió las Cortes de Toledo en 1538 no les dio detalles de su plan. Justificó su petición por más subsidios aludiendo a una serie de hazañas que merecían la gratitud de sus súbditos castellanos, entre ellas la pacificación de Italia (1530), la retirada del turco de Viena (1532), la derrota de Barbarroja en Túnez (1534) y la tregua con Francia (1538). Para convencerles de los beneficios de contribuir a las fuerzas de la Liga les recordó que ésta representaba su única oportunidad de arrestar la expansión otomana y mantener la guerra lejos de los reinos hispanos⁹⁵. Por respuesta, las élites hispanas repitieron sus demandas por una empresa contra Argel. Cuando María de Hungría se enteró de la intención del Emperador quedó atónita. Se negó a obedecer la orden de comunicarlo con los señores principales de los Países Bajos. Una empresa como ésta era muy loable, por cierto, pero a su manera de ver, nada justificaba la dilación del viaje de Carlos V a los Países Bajos. La situación en las provincias septentrionales era grave y se temía una rebelión —como pronto ocurrió en Gante—. María le explicó a su hermano que ella no concebía cómo el Emperador podía «dejar las cosas de aquí tal y como están, poniendo vuestra persona en tanto peligro» y le advirtió que los neerlandeses tampoco lo comprenderían. La Reina pronosticó que si pasaba adelante con esto, «puede resultar en la destrucción completa de todos tus reinos y tierras y por ende, de toda la cristiandad». Le recordó que el deber primordial de todo príncipe era proteger a sus súbditos. Haciendo hincapié en su experiencia personal de las fuerzas otomanas y los contactos que mantenía en Hungría, María se atrevió a decir que era hora que el Emperador admitiese «que no es una carga que V. Md. pueda llevar solo». Le rogó que considerase que no era cuestión de una campaña única. La distancia y la magnitud de la empresa le persuadieron que Carlos V se vería involucrado en una guerra larga y costosa. En último lugar, dudaba que el rey de Francia o el papa harían las contribuciones necesarias⁹⁶.

posterior que los venecianos habían presionado al Emperador para salir ese año en campaña y él se excusó. LAIGLESIA, I, Consulta de 8-3-1539 p. 275.

⁹⁴ LAIGLESIA, I, Proposición a las Cortes de 1537, p. 398, pp. 00-00.

⁹⁵ LAIGLESIA, I, pp. 401-404, Proposición a las Cortes de Toledo, 1538.

⁹⁶ CKK, II, n. 459, pp. 289-290, María a Carlos, 10-8-1538, p. 289: «delessen les affaires icy comme elles sont, et monstren vostre personne en ung tel hasart a lentiene destruction de tous vos rauljaulmes et pays, et pareillement de toute la chrestienrete»; en p. 290: «ce nest pas ung fardiau que votre ma.te puisse porter seul». JOVER también utiliza este memorial, *Carlos V*, pp. 351 y 365.

Es probable que Carlos V descartase la oposición de sus consejeros y familia como muestras del particularismo de sus estados. La falta de éxito de la armada de la Liga en Prevesa (septiembre de 1538) debido principalmente a la tensión y falta de coordinación entre los aliados tampoco le persuadió a dar marcha atrás. La conquista de Castilnovo en Morea le animó de nuevo. Cometió un error grave en este momento. Se negó a entregar la plaza a los venecianos, como habían pactado de antemano para delimitar sus zonas de interés, dejando allí un presidio español. Los venecianos decidieron volver a negociar con Estambul, convencidos que la Liga no rendiría ganancias territoriales suficientes para compensar las grandes pérdidas comerciales que sufrían siempre que tenían guerra contra el Gran Turco. Se negaron a ayudar a los imperiales cuando Barbarroja apareció con un poderoso ejército otomano. Después de un asedio feroz la plaza cayó en manos otomanas, pereciendo allí todos sus defensores ⁹⁷.

El rumor que Solimán estaba organizando nueva invasión de Hungría para 1539 complicó aún más la política un tanto confusa e incoherente del Emperador. Justificó su decisión de salir de España dejando a su hijo de doce años de regente diciendo que tenía obligación de defender a Hungría y las tierras del Imperio por ser «nuestro lugar, dignidad y autoridad de Emperador». No había abandonado tampoco la esperanza de acaudillar una empresa por parte de la Liga y de esa forma hacer «la resistencia que se deue y es nesçesario hazer contra el dicho turco», pero ahora admitía públicamente que era imprescindible para estar tener una amplia confederación en la cual entrasen las fuerzas del papa, Venecia y otros príncipes cristianos, «señaladamente del cristianísimo rey de Francia» ⁹⁸. Sin despojarse de su vocabulario universalista —el Emperador seguía refiriéndose a Solimán como enemigo de toda la cristiandad— manifestaba ahora su convicción que en realidad el peligro turco era un peligro particular. Se consideraba como la víctima principal del estado otomano. Insistió que la meta del Gran Turco era «señaladamente nuestros reinos, súbditos y vasallos, por la enemistad y odio que particularmente nos tiene». Se explicaba esto con referencia a «la resistencia que en Nos ha hallado». «Aunque hauemos procurado de juntarnos por liga y confederación», añadió, Solimán lo había identificado a él como su enemigo acérrimo y por eso le atacaba. Otro elemento novedoso que aparece en la correspondencia de 1539 es una preocupación poco común por los graves daños que sufrían sus estados mediterráneos. Le preocupaban muy particularmente Nápoles y Sicilia, Cerdeña y Mallorca, los presidios de África y las costas de Cataluña y Valencia. A la vez que

⁹⁷ GÓMARA, *Guerras de mar*, pp. 197-202.

⁹⁸ CDCV, II, n. CCXXXI, p. 45, Carlos al cardenal Tavera, gobernador de los reinos hispanos, Madrid, 10-11-1539; id., n. CCXXX, pp. 39-40, sus instrucciones al príncipe Felipe explicando que iba a negociar personalmente con Francisco para «obligar cuanto será posible al dicho rey de Francia, en lo que toca al reino de Hungría». La nueva alarma resultó en más concesiones a los luteranos, BRANDI, K., *The Emperor Charles V*, Londres, 1970, pp. 419-420.

se alejaba hacia el Sacro Imperio, Carlos V hizo grandes preparativos navales para defender las costas mediterráneas de un nuevo asalto turco ⁹⁹.

Durante esta época Carlos V da la impresión de un hombre que no sabe a qué lado atender. No es posible distinguir sus prioridades ni desenmarañar sus múltiples planes. La rebelión de Gante le cogió desprovisto pese a los muchos avisos que había recibido, pero sirvió para enfocar su atención en un proyecto específico ¹⁰⁰. En marzo de 1539 el Consejo real se reunió en Toledo para intentar de fijar unas metas viables. Ante nada querían disuadir al Emperador de ir en persona ese año al mando de las fuerzas de la Liga. En el memorial que enviaron exponían claramente (aunque con cierta delicadeza) «las causas y razones que parece q[ue] obligan al Emperador a la empresa ofensiva de Leuante» para demostrar «al contrario que Su Magestad no sea obligado a la dicha Empresa» ¹⁰¹. Sus argumentos son de gran interés respecto a la guerra con el turco. El Consejo admitía que Carlos V estaba comprometido por tratados oficiales a luchar personalmente contra el turco aquel año y hacer todo lo posible para impedir que los venecianos se concertasen con Solimán. Por ser tan público su compromiso no se podía echar atrás sin dañar seriamente su reputación. La honra, reputación y crédito del Emperador eran tan importantes para los negocios que esto representaba un peligro grave. Los consejeros admitían también que la necesidad que les llevara a firmar la Liga era tanto o más apremiante ahora. Además si el Emperador no hacía una gran empresa contra Solimán en 1539 los venecianos se apartarían de la Liga dejando a Carlos V solo con «el gasto y peso del dicho turco sobre las espaldas». También era probable que otros estados italianos perderían confianza en él. Finalmente reconocían que si no se organizaba una campaña en el sur, lo más probable era que Solimán concentrase todas sus fuerzas contra Fernando. No necesitamos tener recurso a explicaciones místicas para comprender, pues, por qué el Emperador se aferraba al proyecto de la Liga.

En contra de esto se proponía que los venecianos y el papa tampoco habían cumplido lo capitulado y no iban a contribuir lo prometido ese año, por lo cual Carlos V no estaba obligado «a cosa, como está dicho ymposibles» (*sic*). Al contrario, estaba «libre y quitto de la dicha empresa por agora». El consejo estaba convencido que el Emperador corría el «riesgo de recibir vergüenza, daño y gasto... insoportable» ya que las fuerzas cristianas serían muy inferiores a las de Solimán. Aun si conseguían conquistar algo, acabarían con «el mismo embarazo que agora en lo de Castelnuovo», o sea lo tendrían que abandonar sufriendo desreputación y dando ánimos al enemigo. Además era necesario imponer orden en el Sacro Imperio y los príncipes alemanes, confiados de que el Emperador estaba ocupado en el sur, ya habían comenzado algunos movimientos.

⁹⁹ CDCV, II, p. 45, Carlos a Tavera, 10-11-1539; un ejemplo de su ansiedad por defender las costas, *id.*, n. CCXXXVI, p. 60, Carlos a Cobos, 21-12-1539.

¹⁰⁰ BRANDI, K., *The Emperor Charles V*, pp. 426-429.

¹⁰¹ La consulta de Toledo, 8-3-1539 está en AGS RP, Capitulaciones entre Pontífices y Potentados de Italia, leg. 3, y se publicó por LAIGLESIA, I, pp. 274-282.

Estando Carlos V más cerca y despreocupado le tendrían respeto y ayudarían a Fernand. Finalmente, recordaban al Emperador de la grave situación en sus estados, especialmente en los Países Bajos. Le aconsejaban dejar la empresa principal y entregar Castelnuevo a Venecia inmediatamente. Aún más, creían conveniente hacer tregua con el turco, o por mano de los venecianos, o a través de la mediación francesa, incluyendo a los firmantes de la Liga y «otros príncipes y potentados de la cristiandad» ¹⁰².

No es posible identificar precisamente cuándo admitió el Emperador que no podía hacer la empresa principal en el Mediterráneo. Ya muy entrado el verano dio órdenes a Doria que defendiera Castilnuovo. Doria le contestó que con las 47 galeras a su disposición «no se pueden hazer milagros». Barbarroja llegó con una armada otomano-turca de 200 galeras y navíos de remo, 22.000 soldados buenos y 70 cañones. La pérdida de Castilnuovo era inevitable. La matanza de la guarnición española fue el toque final ¹⁰³. Los venecianos estaban a punto de concluir una paz separada y tanto en Roma como en la corte imperial admitían que no podían seguir luchando sin los venecianos. Tampoco era factible seguir haciendo anualmente tantos gastos para su defensa. El papa concebía sólo dos soluciones para salir de esta cruz: ganarse a Barbarroja, o mejor aún, hacer una paz permanente entre Carlos V y Francisco I, incorporando las fuerzas francesas contra el turco ¹⁰⁴. Carlos V intentó negociar con Barbarroja para hacerle cambiar de bando, pero finalmente en octubre 1540 los imperiales admitieron que todo era un juego doble por parte de Barbarroja ¹⁰⁵. No quedaba otra opción más que la vía de la paz con el turco. El Emperador pidió a Francisco I que le ayudase a negociar una tregua *general* entre la cristiandad y el turco. Solimán se negó a participar. Bien informado de las divisiones entre los cristianos y de la debilidad de la Liga decidió acceder a un acuerdo por separado con los venecianos, en el cual sirvió de mediador el rey francés, pese a la oposición del Emperador ¹⁰⁶. El papa denunció la paz; era vergonzosa, una equivocación, una locura, le dijo al Emperador, sugiriendo que debían considerar represalias contra Venecia ¹⁰⁷. Esto en sí es interesante, pues como veremos su decisión de no denunciar la alianza franco-turca tendría consecuencias importantes. Aunque en primer momento el papa prometió compartir con Carlos V la carga de defender la cristiandad, su adhesión al bando imperial era dudosa. A finales de mayo de

¹⁰² Lo que más les preocupaba era buscar la forma de retirarse de esta campaña sin perder reputación y de modo «que no quede escrúpulo a Su Magestad de hauerlos engañado».

¹⁰³ Doria a Carlos V, de su galera en Otranto, 6-8-1539, pub. en LAIGLESIA, I, n. VIII, pp. 283-286, cita p. 285; *ibid.*, n. X, pp. 291-295, Relación de la presa de Castelnuevo, de AGS, E. 442.

¹⁰⁴ AGS, E., leg. 869, fol. 21.

¹⁰⁵ AGS, E., leg. 869, fol. 61, marqués de Aguilar a Carlos V, Roma, 8-5-1540; CDCV, II, n. CCXXXVIII, pp. 64-65, Carlos a Tavera, 31-5-1540; anunciaba su fin Aguilar a Cobos en 16-10-1540, AGS, E., leg. 869, fol. 101.

¹⁰⁶ KNECHT, *Francis I*, pp. 294-295. El consejo real castellano se creyó que el rey Francisco cumpliría lo prometido y no ayudaría a los venecianos. LAIGLESIA, I, pp. 280-282.

¹⁰⁷ AGS, E., leg. 869, fol. 71, el marqués de Aguilar a Carlos V, 10-6-1540; y en términos similares a Cobos, E. 869, fol. 70, id. fecha.

1540, el papa pidió que el Emperador le ayudase a reducir unos rebeldes, si no, «aunque el turcho viniese en persona ni con galera ni vn solo marauedí ayudaría enesto ni en otra cosa, porque el verdadero Turcho y mas pernicioso era el Tirano que estaua de sus puertas adentro»¹⁰⁸. En esta cristiandad tan dividida la alianza con el turco era la salvación.

Los «turcos nuevos»¹⁰⁹

No cabe duda de que Francisco I algo merece la reputación maquiavélica que se le atribuye en muchas de las biografías del Emperador. Es fácil llegar a la conclusión que la falta de unidad cristiana contra la expansión islámica se debía principalmente a su ambición, y que sus acciones obligaban al Emperador a abandonar sus planes y aun sus sueños contra el infiel. Es fácil pero erróneo. El Emperador admitió desde el principio que sin la participación francesa no se podía vencer al infiel. Además, sin tener paz con Francia nadie se podía arriesgar a otra guerra ni dejar sus territorios desatendidos. Pero como hemos visto, la culpa de la marginación francesa de la política antiturca se debía principalmente a la actitud del Emperador. Mientras se negaba a compartir el mando de la cristiandad era imposible la incorporación del rey Cristianísimo en una Liga cristiana. Además, su oposición y agresión a raíz de las reivindicaciones francesas sobre Milán fue fundamental al momento de escoger Francisco I el lado contrario. La situación le llevaba, paulatinamente, hacia una alianza impía. En 1532 se difundió el rumor que Solimán actuaba «con inteligencia del Rey de Francia», como era verdad. El cardenal Loaysa le comentó al Emperador: «yo aún no le tengo por tan mal Cristiano como esto». Sin embargo, admitió que si Francisco quería debilitar a Carlos V y hacerle ceder Milán, «habrá antes ayudado esta venida que estorbádola»¹¹⁰. Hasta este punto, los contactos habían sido fugaces y ocasionales y se pudo guardar las formas diplomáticas. Como se comentó recientemente, las negociaciones franco-turcas «eran conocidas extraoficialmente»¹¹¹. Al año siguiente Barbarroja se puso en contacto con Francisco I por orden de Solimán, a quien le interesaba reforzar el frente mediterráneo mientras sus ejércitos se dedicaban a la guerra contra Persia. Las negociaciones para hacer una empresa conjunta continuaron mientras Carlos V hacía sus preparativos para echar a Barbarroja de Túnez¹¹². La correspondencia entre ellos fue parte del botín que adquirió Carlos V en Túnez. Para desacreditar a su rival, el Empe-

¹⁰⁸ AGS, E., leg. 869, fol. 68, Aguilar a Carlos V, 28-5-1540.

¹⁰⁹ Se utilizaba esta fórmula despectiva en Estambul para describir a sus aliados franceses —es término paralelo al que daban los españoles a los conversos musulmanes—. AGS, E. 478, fols. 93 y 98. Aquí nos sirve en un sentido doble, para señalar que el problema turco se transformó a mediados del siglo XVI.

¹¹⁰ AGS, E. 858, fol. 76, pub. BKK, pp. 483-484, esto p. 483, Loaysa a Carlos V, Roma 16-3-32.

¹¹¹ La frase es de BUNES y JIMÉNEZ en la nota 374 de GÓMARA, *Guerras de Mar*, p. 187.

¹¹² SALINAS, II, n. 263, p. 619, a Fernando, Madrid, 10-12-1534; KNECHT, *Francis I*, pp. 233-234.

rador la exhibió en Roma ante un público que incluía al papa, los cardenales y embajadores¹¹³. La reacción fue mixta. Los partidarios franceses lo justificaron declarando que el Emperador era un tirano tan malo o peor que el Gran Turco. Al ser necesaria la potencia otomana para equilibrar la balanza entre Valois y Habsburgo, tanto ellos como las potencias neutrales se negaban a condenar esta amistad. Otra cosa explica la ambivalencia de ciertos cristianos ante esta alianza. Algunos se habían beneficiado de ella. El papa, Génova y otros estados italianos gozaron de cierta protección al pedirle Francisco I a sus aliados islámicos que no atacasen sus tierras y navegación. Para la mayoría de cristianos estas cartas eran muestras de traición. Al poco tiempo se tendrían nuevas pruebas de la cooperación franco-turca. Las dos armadas actuaron juntas en el Mediterráneo contra el Emperador cuando estalló la guerra en 1536. Las galeras de Barbarroja estuvieron por un tiempo en Marsella y un escuadrón francés fue a Estambul.

Debemos recalcar que Francisco I admitía la necesidad de justificarse ante el mundo cristiano. Declaró que sólo de esa forma se podía garantizar la libertad de los estados cristianos. Le confesó al ministro inglés, Thomas Cromwell, que siendo cristiano le dolía ver a Solimán tan fuerte. Sin embargo, «no niego mi gran deseo de ver al Turco muy potente y en guerra... para disminuir las fuerzas del Emperador»¹¹⁴. A ambos lados les resultaba incomoda esta alianza —el sultán otomano también tenía que justificarse ante el mundo islámico—. Para Francisco era también peligrosa ya que necesitaba mantener su alianza con príncipes alemanes y podía perderla si se aproximaba demasiado al turco, el peor enemigo del Sacro Imperio. Nada más acabar la guerra con Carlos V, el rey francés reconoció la importancia de recuperar reputación dentro del mundo cristiano, por ello manifestó su adhesión a los principios de cruzada y su deseo de participar en la Liga Santa y por un tiempo todos se dieron por satisfechos¹¹⁵. Sin embargo se reconocía la continuación de la amistad franco-otomana y a veces se aprovechaban de ella. Tanto el Emperador como Venecia se apoyaron en la experiencia adquirida por los diplomáticos franceses a la hora de negociar con Solimán en 1538-1539. Como hemos visto, la mediación francesa fue imprescindible para los venecianos, quienes consiguieron con ella una nueva concordia con Solimán en 1539.

Viendo defraudadas sus esperanzas de recuperar a Milán por vía de negociación, Francisco I comenzó a preparar otra guerra contra Carlos V en 1540. Intentó ganarse a los ingleses y a los alemanes pero ambos se pusieron del lado del Emperador. Consiguió alianzas con Dinamarca y Suecia, ambas valiosas para debilitar a los Países Bajos, pero no era suficiente esto para luchar contra Carlos V, por eso solicitó de nuevo una alianza otomana. Solimán no se fiaba de él, temiendo que le dejara plantado como en 1536,

¹¹³ Dicen que declaró: «yo propio, con mis manos, tomé en La Goleta estas cartas que tengo en la mano». Cit. JOVER, J. M., *Carlos V*, p. 166.

¹¹⁴ Cit. KNECHT, *Francis I*, p. 225.

¹¹⁵ LAIGLESIA, I, p. 398, Proposición a las Cortes de 1537, p. 398; KNECHT, *Francis I*, pp. 292-293, opina que ni el papa ni Carlos V pensaron que era sincero.

pero la iniciativa francesa coincidía a la perfección con su estrategia. En Hungría había estallado una nueva crisis en julio de 1540 al morir Juan Zápolyai y Fernando estaba intentando de apoderarse del reino. Solimán aceptó la propuesta francesa de coordinar sus fuerzas marítimas y lanzar un ataque simultáneo contra los Habsburgo. Prometía una expedición contra Hungría y le concedía el uso de la flota turco-corsaria: «he concedido con liberalidad de hermano la armada... tú harás el oficio de bueno y leal amigo»¹¹⁶. A principios de marzo de 1542 el embajador francés regresó de Estambul con planes detallados de la estrategia de Solimán. Dos días después de recibir la noticia, Francisco I marchó de París para completar sus preparativos, declarando la guerra contra Carlos V el 12 de julio¹¹⁷. Sin esta alianza turca Francisco I no hubiera roto la paz.

La crisis de 1542 tiene una semblanza superficial con la que vivió la cristiandad diez años antes, pero en realidad todo era diferente. Carlos V se encontró como antes en el Sacro Imperio cuando se confirmó la noticia de que Solimán iba en persona hacia Hungría. Fernando, los príncipes alemanes, los húngaros y el papa le pedían que acaudillase el ejército cristiano. Dice Giovio que jamás se había sentido tanto terror en Europa. En la versión breve pero cuidadosa de este acontecimiento que da el Emperador en sus Memorias alude al pánico, explicando que los cristianos estaban descuidados y no habían organizado su defensa contra el turco. Luego declara que tuvo que marcharse por haber hecho ya grandes provisiones por mar para la empresa de Argel, una campaña que había escogido «por algunas razones». Insiste que salió de Ratisbona «antes de estar del todo certificado de la dicha venida del Turco» y sugiere que si el papa, Paulo III, con quien se entrevistó camino de Argel, hubiese reaccionado de otra forma, posiblemente hubiese cambiado de rumbo¹¹⁸. Hay un elemento inverosímil en este relato. La decisión de salir de allí en plena crisis la hizo a sabiendas que venía Solimán y el propio Emperador le admitió a su hermana María que era una auténtica deshonra marchar en este crítico instante¹¹⁹. Al conocerse su decisión se le criticó duramente por «abandonar» a su hermano y desamparar a Alemania y a Hungría. Se decía que era un escándalo que arriesgase su vida y la misma cristiandad «por vna pequeña y no muy honrrada espera[n]ça de vitoria para vuestro no[m]bre»¹²⁰. En el Sacro Imperio y en Hungría se sentían desamparados. De hecho, aparte del terror que difundió su partida, la reacción tan extrema se debe a la infravaloración del frente mediterráneo fuera de Italia y de la península Ibérica. Hasta cierto punto podemos intuir que Carlos compartía esta evaluación estratégica. Exceptuando a Túnez, no había dedicado recursos

¹¹⁶ Así por lo menos lo resume GIOVIO, Lib. LXIII, fol. CCXXIII.

¹¹⁷ Es curioso que el *casus belli* fuese precisamente el asesinato de dos embajadores que enviara Francisco a Solimán (Rincón y Cesare Fregoso) por las tropas imperiales en Lombardia; KNECHT, *Francis I*, pp. 302-303.

¹¹⁸ CDCV, IV, pp. 510-511.

¹¹⁹ Cit. BRANDI, *The Emperor Charles V*, p. 454.

¹²⁰ GIOVIO, Cap. LXIII, fol. CCXXV, v. ofrece un relato de las críticas del Consistorio; algo parecido tuvo que aguantar Jehan de Naves cuando visitó la corte de Fernando, CKK, II, n. 480, pp. 328-335, a Carlos V, 12-11-1541.

importantes para la lucha contra el islam en este sector y no se había interesado mucho por Argel. A no ser por la necesidad de emplear a Doria es dudoso que hubiese organizado las empresas que se hicieron. Bunes sugiere que esta actitud se debe a que el Emperador «identifica la guerra en el mar con Hayreddin, y no con el sultán» ¹²¹. Es posible que así fuese. Y esto nos deja con un problema serio: ¿cómo explicar la decisión del Emperador de salir del Imperio en 1541 para ponerse al mando de la expedición de Argel especialmente a sabiendas de que perdería reputación?

Su relato nos ofrece una serie de indicios: Carlos V ya había vivido una crisis parecida y sabía los problemas que tendría que abordar para sacar un éxito. La falta de recursos allí y las pocas esperanzas de ser ayudado por el papa o las potencias vecinas le condenaban a acaudillar una campaña sin la debida reputación. El Emperador no podía hacer nada sin la participación masiva de sus estados y éstos no estaban en condición para responder. La rebelión de Gante era aún muy reciente para empujar demasiado a los neerlandeses. Y en España, como hemos visto por sus instrucciones en 1539, se pedía insistentemente que atendiese a los graves problemas del Mediterráneo. La empresa de Argel le permitía defender sus reinos más importantes y a la vez le abría la puerta para pedir nuevas contribuciones. Además, Barbarroja estaba ausente y las fuerzas de Argel debilitadas, facilitando la empresa. Carlos V tenía buenas esperanzas de una victoria y calculó que esto borraría la deshonra de salir del frente imperial ¹²².

La suerte no le acompañó. Los preparativos se dilataron y les cayó encima el otoño, época peligrosa para tales hazañas. Las circunstancias tan difíciles nos hacen comprender por qué el Emperador se aferró a seguir adelante pese el peligro: no podía dar marcha atrás sin perder reputación y deshacer sus fuerzas. Es probable también que a Carlos V le volvió a picar el gusanillo de la cruzada. Añoraba revivir esos días victoriosos de Túnez y por eso arriesgó su vida de nuevo pese a todo consejo contrario. En sus Memorias recordaba que «la estación estaba casi gastada, con todo, y por otros respectos... considerando que el tiempo estaba en manos de Dios, se embarcó». Eran los últimos días de septiembre de 1541. Por poco se salvó. Las tempestades y la feroz resistencia de turcos y corsarios le hicieron retirar con pérdidas sustanciales. Dos meses más tarde regresó a España derrotado, con sus fuerzas deshechas, pero con sus credenciales pro-hispanos y cristianos muy frescos. Sin duda este intento de resolver el problema de Argel facilitó la sistemática explotación de los reinos hispanos por parte del Emperador en las guerras subsiguientes ¹²³.

¹²¹ BUNES y JIMÉNEZ, en GÓMARA, *Guerras de Mar*, p. 225, nota 435.

¹²² GIOVIO, Cap. LXII, fol. CCXXII, comentó: «España en aquel tiempo aunque ella no fuesse desleal al Emperador, parecía con todo que fuesse muy co[n]traria.» A juicio del autor de la vida de Barbarroja, el Emperador no tenía gente para hacer guerra en Alemania y como no podía justificar su salida de allí sin hacer algo contra el turco, decidió hacer la empresa de Argel. BUNES y SOLA, *Barbarroja*, p. 142.

¹²³ CDCV, IV, Memorias, pp. 511-512, cit., p. 511; PEG, II, n. CXXXVIII, pp. 612-617, Relation de l'expédition d'Alger; CDCV, II, n. CCXLI, pp. 71-75, Carlos a Diego Hurtado de Mendoza, 2-11-1541;

De 1542 a 1544 casi toda Europa estaba involucrada en estos dos conflictos interminables —la contienda Habsburgo-Valois y la guerra entre la cristiandad y las fuerzas otomano-corsarias—. Los gastos fueron desorbitantes debido en parte por la participación personal de los soberanos y también por la determinación de cada uno de hacer un esfuerzo extraordinario para poder conseguir una victoria contundente. Carlos V pactó con príncipes protestantes y consideró una alianza con Persia; Francisco I tomó una decisión importante que le hizo cruzar la raya indefinida entre lo admisible y lo prohibido. 1543 marca un punto clave para la política internacional del renacimiento. A principios de julio la potente armada otomano-turca de más de 130 galeras bajo el mando de Barbarroja llegó a Marsella. Tras unos días de festejo y regozijo, se debatió la estrategia que debían seguir las fuerzas conjuntas. Es importante notar que Francisco I vaciló en este crítico instante, consciente de la magnitud del paso que estaba dando. Paolo Giovio, admirador del rey francés, interpretó esta dilación como muestra de su buena fe como cristiano. El Rey «sabía hauer de ser cosa odiosa a su nombre, y de grande infamia, si el huuiesse embiado la armada de los crueles Bárbaros a hazer daño a las riberas de los Christianos». Pero al fin hizo precisamente esto: envió sus naves con las fuerzas musulmanas al asedio de Niza ¹²⁴. El gobierno de regencia hispano temía que su fin era una empresa grande contra Perpignán o Barcelona. Al saber lo que ocurría el príncipe Felipe comentó: «ha sido grand descanso, no venir a intentar nada contra estos Reinos», añadiendo «aunque no dexa de darnos mucha pena que hayan ido sobre Niza». Aun así, en España se vivió meses de pánico y una creciente tensión entre cristianos viejos y moriscos ¹²⁵.

La magnitud del socorro otomano y su actuación junto a los franceses contra una ciudad italiana provocaron una reacción fuerte en la cristiandad que se intensificó al conocerse que la flota corsario-otomana invernaba en Tolón. El puerto francés y sus cercanías se convirtieron en una base islámica, desalojándose los habitantes cristianos. Las iglesias se convirtieron en mezquitas y se estableció un mercado para la venta de los esclavos y bienes cristianos que tomaban las naves musulmanas durante sus constantes incursiones contra los estados del Emperador. Era una profanidad y repugno hasta a los franceses. En Roma, un partidario del Emperador pidió en consistorio que el papa despojase a Francisco de su título «Cristianísimo» a lo cual respondió un partidario francés que su acción era justificada por ser el Emperador un tirano. Alguien comentó

BUNES y SOLA, *Barbarroja*, pp. 142-146; GÓMARA, *Guerras de Mar*, pp. 211-233; BRANDI, *The Emperor Charles V*, pp. 453-437.

¹²⁴ GIOVIO ofrece una extensa narrativa de estos acontecimientos, la cita es de Cap. LXVI, fol. CCXXXVI, verso. Se publicó parte de la correspondencia relativa a 1543 y 1544 en CHARRIÈRE, E., *Négotiations de la France dans le Levant*, 4 vols., vols. I y II, París, 1848-1850, vol. I, Cap. III.

¹²⁵ Correspondencia de Felipe a Carlos, CDCV, II, n. CCLXI, cit., p. 161, del 26-8-1543; n. CCLIX, pp. 144-147 (7-8-1543); n. CCLXVII esp. pp. 193-195 (4-2-1544). Moriscos, esp. en n. CCLXVIII, p. 207, Carlos a Felipe, 14-2-1544. La armada imperial atravesó el mar continuamente, intentando proteger las zonas más amenazadas.

al oír estas acusaciones, «perdonadle señores, que con razón ladra quien tiene ha[m]bre». Queda claro que para la mayoría de los cardenales esto era una cuestión de la contienda Habsburgo-Valois sin la intromisión de cuestiones ideológicas. El temor de perder el favor de Francia o de apoyar aún de forma indirecta al Emperador a quien muchos temían, suprimía las críticas de los jefes de la cristiandad. Ni ellos ni el papa condenaron abiertamente esta alianza. El papa temía la potencia de Carlos V y por esto disimulaba y se mantenía al margen, como si no se tratase de un asunto ideológico. Esta actitud ambivalente asistió el proceso de ampliación del campo de acción internacional en esta época, y específicamente dio paso a la incorporación del Gran Turco y de otras potencias islámicas dentro del sistema de relaciones internacionales de las potencias cristiano-europeas. La condena que se anticipaba del mundo cristiano contra la campaña franco-turca no fue sustancial. Sorprendentemente fue más fuerte dentro del propio reino francés. Francisco I decidió romper por ahora los lienzos militares, guardando la alianza política, en parte por puro pragmatismo. Era elevadísimo el gasto de mantener estas fuerzas. Además, no era fácil llegar a un acuerdo de cómo y dónde utilizar la armada. Sus métodos y sus fines eran demasiado diferentes, limitando los franceses las actividades habituales de sus aliados contra los cristianos. En mayo de 1544 los barcos otomano-corsarios salieron de Tolón, con regalos fabulosos y dinero del rey francés. Se llevaron un gran botín de sus múltiples asaltos a tierras imperiales ¹²⁶.

Las actividades de esta armada mixta afectó la guerra con Francia de forma significativa. Los reinos hispanos no pudieron contribuir lo que se les pedía aun después de salir las galeras de Tolón, pues no se sabía si regresarían. Por eso no pudieron organizar la invasión de Francia por Perpignan que les pidió el Emperador en 1544 ¹²⁷. El impacto de esta breve actuación junta se sintió lejos del Mediterráneo. Los príncipes alemanes y los húngaros habían llegado al límite de su paciencia. La tensión y temor que vivía el Sacro Imperio en 1542 se puede ilustrar con dos ejemplos. Primero, la Dieta declaró su determinación de tolerar las creencias divergentes en el Imperio porque lo que más importaba era defender la patria y la cristiandad ¹²⁸. Es evidente que para ellos la cristiandad se concebía ahora como una entidad diferenciada del mundo islámico pero caracterizada por sus divisiones políticas y religiosas. La cuantiosa ayuda que se concedió a principios de 1542 para la defensa contra el turco es otra señal notable

¹²⁶ GIOVIO relata los acerbicos comentarios eclesiásticos en Cap. LXII, fol. CCXXI. Lo que no le quita de decir que Francisco «con honrado y religioso pensamiento se determinó dar licencia a Barbarroxa». *Ibid.*, fol. CCL. Relata las acciones de esta campaña con todo lujo de detalles con frecuencia alabando la organización y proeza militar turca. El relato de GÓMARA, *Guerras de Mar*, pp. 226-233, se basa en GIOVIO; por la narrativa de KNECHT (*Francis I*, pp. 364-366) parece ser que Francisco no tenía ningún remordimiento de conciencia. La flota otomano-corsaria siguió saqueando tierras y barcos cristianos camino a Estambul y las seis galeras francesas que les acompañaban se limitaron a observarles a distancia. En Estambul recibieron una calurosa recepción del sultán.

¹²⁷ CDCV, II, entre otras, n. CCLXXX, pp. 241-242, Carlos a Felipe, 6-7-1544; n. CCLXXXIII, pp. 255-257, Felipe a Carlos, 16-7-1544.

¹²⁸ PEG, II, n. CXL, p. 620.

de la transformación política provocada por la presión turca. Los príncipes imperiales decidieron enviar embajadas especiales a Fernando, a Carlos V y a Francisco I para pedirles ayuda contra el turco y rogarles que «no se haga guerra o movimiento en la cristiandad ni en Alemania... tales disensiones y guerras civiles son la razón por la cual el turco ha ganado y avanzado de tal forma»¹²⁹. Giovio tenía bien tomado el pulso del Sacro Imperio y cuenta un incidente ilustrativo en el cual unos capitanes alemanes se quejaban «que los grandes Reyes, olvidándose de la verdadera honrra y piedad» se dedicaban a combatir uno contra el otro y «hauían emprendido de consumir y destruir la República Christiana». En el Imperio se había llegado a la conclusión que Solimán no se contentaría con Hungría, sino «que en breue tiempo acaescería que los Tudescos si no huuiesen socorrido los Ungaros opprimidos de vna cruel guerra... con gran desigualdad sería[n] forçados de co[m]batir en sus casas»¹³⁰. Por eso la alianza tan estrecha de Francisco I con el turco les repugnó tanto. Además les quitaba recursos importantes. Cuando rompió la guerra el Emperador se excusó de enviar gente y dinero al frente de Hungría por necesidad que tenía de resistir al francés, «y al dicho turco, que son una misma cosa». En la dieta de 1544 se les recordó las muchas guerras que había organizado el Emperador contra las potencias islámicas. Carlos V prometió regresar y ponerse al mando de una cruzada en cuanto el rey francés aceptase la paz. La Dieta le concedió, por primera y última vez, subsidios importantes para la guerra contra Francia¹³¹.

La elocuencia del Emperador no movió al papa. Carlos V cargaba contra la traición de Francisco I por haber incitado al Gran Turco a atacar a la cristiandad¹³². «Lo que más convenía», le escribió al príncipe Felipe,

era q[ue] su sanct[ida]d tomasse a pechos la Injuria y daño que reçibe la chri[sti]a[n]dad con las armadas del turco y señaladamente de la que estaua en los puertos de Francia

¹²⁹ CKK, II, n. 484, pp. 334-341, esp. p. 339, Jehan de Naues al obispo de Arrás, 25-2-1542. La cita en el texto es de la documentación de abril pub. en PEG, II, n. CXL, pp. 621-622, cit., p. 621: «que guerre ou emotion ne se face en la chrestienté et mesme en la Germanie, et ne permecte aux siens en user autrement... peut considérer que, par telles dissensions et guerres intestines, le Turc auroit son succès et progrès tel l'on l'a veu auoir jusques è présent, que n'est procédé que de mutuelles inimitiez des princes entre eulx». Pidieron ayuda también al rey de Dinamarca, al duque de Lorrena y a los suizos.

¹³⁰ GIOVIO, Cap. LXII, cits. en fol. CCXIX r. y fol. CCXIV v.

¹³¹ CKK, II, n. 488, pp. 346-349, «Instrucciones a los comisarios imperiales para la dieta de Nurenberg, Monzón», 29-6-1542; la cita es de la carta de Carlos V a Fernando, *ibid.*, n. 491, p. 351 (20-8-1542): «actendu quil se fault la garder de luy autant et plus, que dudit Turcq, quest une mesme chose». CDCV, II, n. CCLXXX, p. 240, Carlos a Felipe, 6-7-1544, felicitándose por esta ayuda. En otro lugar he argumentado que esto jugó un papel muy importante en el cambio de actitud de Carlos hacia el Sacro Imperio. RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «El ocaso del imperio carolino», en GARCÍA GARCÍA, B. (ed.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, pp. 47-79, esp. p. 53.

¹³² PEG, II, n. CXLIV, pp. 633-644, Carlos V al Papa, 28-8-1542, turco p. 642, p. 644; CDCV, II, n. CCLXXII, p. 216, id. al cardenal Tavera, 5-3-1544, donde se habla del turco como «enemigo de nuestra Santa fee Cathólica, que después acá por induzimiento suyo [Francisco I] ha venido a hazer el daño que pudiere en la Christiandad, especialmente en nuestros Reynos».

y mostrar por obra el mal contentamiento que desto tenía y la ayuda que deuia hazer por el remedio, y que este sería el verdadero medio y torçedor pa[ra] traer al d[ic]ho rey a lo que sería razón ¹³³

Pero el papa se limitó a condenar en los mismos términos la alianza turca del rey francés y la que tenía el Emperador con Henrique VIII y otros protestantes. Poco quedaba en 1544 del ideal de unidad cristiana.

La paz entre Francisco I y Carlos V se hizo por pura necesidad pero este último ya pensaba en la próxima contienda. Se volvía a anunciar «la venida del turco sobre Viena en persona este presente año». En febrero de 1545 el Emperador intentó convencer a los reinos hispanos que tenían que socorrerle con grandes subsidios y tropas. Explicó que «hayándonos en estas partes tenemos obligación a promouer todo lo que se pudiere», insistiendo que de otra forma «no sólo Vngría se acabaría del todo de perder, pero Viena... estaría en gran peligro... y el mismo ternía lo de Alemania, y por consiguiente toda la Cristiandad». En una carta conmovedora, le rogó a su hijo que convocase Cortes y les sacase la mayor cantidad posible, pues «sy a esta vez no se haze de lo imposible pusible» todo quedaría en ruinas ¹³⁴. Pese a la enorme presión moral y política, el gobierno de regencia hispano respondió negativamente. Por supuesto, alabaron la prudencia y la santa intención del Emperador, admitiendo que era necesario hacer empresas tan justas, forzosas y necesarias como defender a la cristiandad contra el turco y atajar la malicia de los herejes. Pero lamentaban que los reinos hispanos no podían sufragar estos gastos. Estaban «tan exhaustos y consumidos, que ya se ha llegado la cosa al cabo». El príncipe Felipe se negó a convocar las Cortes, «porque la causa de decir para lo de Hungría o reducción de los desviados de Alemania parescería a los destos Reinos que por caerles tan a trasmano que no les tocaba, como quiera que adelante les podría venir gran daño». No les tocaba a ellos por tener tantos problemas propios que resolver. Los gastos de tales empresas le tocaban propiamente al papa «por su dignidad y oficio» y a la Iglesia. En España ahora querían «comenzar a gozar del beneficio de la paz» y si se intentaba hacer otra cosa resultaría en una revuelta ¹³⁵.

Antes de recibir esta respuesta el Emperador había decidido abandonar a Hungría y dedicarse a la exterminación de la Liga de Smalkalda, paso imprescindible para la eliminación de los protestantes. Pidió recursos a España por ser guerra que «en ninguna manera se pudo excusar». Era la única forma de salvar la religión y de conservar su honor y reputación. La presentó también como un medio de mejorar la defensa de

¹³³ AGS, E. 499, fol. 89, 31-12-1543.

¹³⁴ CDCV, II, n. CCCVII, cit. de p. 338 y la posdata p. 343, Carlos a Felipe, Bruselas 17-2-1545.

¹³⁵ CDCV, II, n. CCCXIII, pp. 355-368, cit., pp. 357, 358 y 359 respectivamente. Sobre el papa, v. *ibid.*, p. 361, Felipe a Carlos, 25-3-1545. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ comenta en este tomo (nota 508, p. 368): «El Príncipe se alza de nuevo, en defensa del humilde pechero castellano, en términos verdaderamente impresionantes.» La tersa respuesta aceptando sus razones y alabando sus buenas intenciones, *id.*, II, n. CCCXVII, esp. pp. 376-377 Carlos a Felipe, 29-4-1545.

sus estados de Flandes y de Italia. No mostró interés por los acontecimientos bélicos en el Magreb que tanto preocupaban a los reinos hispanos, insistiendo que la guerra del Imperio tenía prioridad ¹³⁶. Los valencianos, desesperados por eliminar el daño de los ataques argelinos le ofrecieron un subsidio extraordinario en 1547 si el Emperador volvía para hacer esta empresa. En vano. Carlos V siguió el camino que había escogido ¹³⁷. La decisión tan súbita y secreta del Emperador dejó atónito a Fernando y provocaría una profunda decepción dentro del Imperio ¹³⁸. Al principio Fernando se negó a creer la instrucción que le mostró el embajador imperial Gerhard Veltwyck. Veltwyck tenía orden de explicarle a Fernando y a la Dieta húngara que se había reunido con esperanzas de que el Emperador se presentaría allí, que no podía ir porque no tenía recursos suficientes para montar una campaña agresiva. Los diputados húngaros le acusaron «de haber abandonado a la cristiandad». Pocos se imaginaron el camino que iba a tomar, aunque Franz Botiani le comentó a Fernando en diciembre 1544 que la mejor vía tanto para él como para Carlos V era hacer paz con Solimán utilizando a Francisco I de medianero ¹³⁹. Sin las fuerzas de su hermano Fernando no tuvo más remedio que suspender su campaña y pedir una tregua.

Veltwick estaba presente en la Dieta húngara cuando llegaron las noticias de las negociaciones con Solimán en febrero de 1545. La reacción de los húngaros fue terrible: críticas, querellas, amenazas violentas, blasfemias y desesperación. Denunciaron la división permanente de la cristiandad y se lamentaron que a nadie le importaba que se perdiese Hungría. Se criticó duramente al Emperador por haber desperdiciado su dinero en empresas inútiles contra Argel y Túnez. Veltwick acabó perdiendo la paciencia y recordándoles que Carlos V les había ayudado muchas veces sin haber pedido o recibido beneficio de ellos, lo que demostraba que no había actuado de forma interesada. Es interesante notar que repitió el argumento que Solimán sentía temor y odio particular contra el Emperador. Intentó convencerles que las empresas de Túnez, Argel y Prevesa eran igual que la de Viena: todas tenían su raíz en el amor del Emperador por el bien público y la defensa de la cristiandad. Sin tener noticias de las negociaciones de paz, nuestro iluso embajador les declaró que el Emperador «no piensa a otra cosa ni otro fin si no es la guerra contra el turco» ¹⁴⁰.

El Emperador presionó a Fernando a firmar una tregua preliminar con Solimán que les diera tiempo a negociar una paz o tregua larga. Para asegurarse del resultado

¹³⁶ Véase la mezcla de resignación y resistencia por parte de Felipe en cartas a su padre: CDCV, II, n. CCCXLV, p. 470 (18-5-1546); id., II, n. CCCXLVII, pp. 475-476 (3-7-1546); id., II, n. CCCXLIX, pp. 490-491, Carlos a Felipe, 10-8-1546.

¹³⁷ CDCV, II, n. CCCLXXII, p. 548, Felipe a Carlos, 22-9-1547.

¹³⁸ CKK, II, n. 509, pp. 396-398, Fernando a Carlos V, 18-9-1543; id., II, n. 529, pp. 419-423, Gerhard Veltwyck a Carlos, 11-12-1544; II, n. 531, pp. 424-426, id. a id., 8-1-1545.

¹³⁹ Correspondencia de Veltwyck a Carlos, CKK, II, n. 529, pp. 419-423 (11-12-1544); II, n. 531, pp. 424-426 (8-1-1545). Las palabras de BOTIANI en II, n. 529, p. 422 (11-12-1544).

¹⁴⁰ CKK, II, n. 533 pp. 428-434, Gerhard Veltwyck a Carlos, 22-2-1545, cits.: «que lempereur ne pensast a aultre chose neust aultre fin, que la guerre de Turcie», p. 431, y que las empresas son todas «semblables

y distanciar a Francisco I del sultán, le pidió que actuase de mediador. El Rey accedió porque no quería quedar al margen de las negociaciones. Además de esta forma podían ganar de nuevo la amistad de Solimán y aumentar su reputación en la cristiandad. A Solimán le dio a entender que le hacía la mayor merced del mundo, llevándole a Estambul una embajada de Carlos V, haciendo que el Emperador y toda la cristiandad besara las manos al sultán otomano. Los franceses también intentaron convencer a los húngaros, a los alemanes y a los italianos que por sus buenos oficios les sería posible gozar de reposo y paz con el turco. Francisco I les prometía ganar por vía de negociación lo que el Emperador no podía conseguir con las armas ¹⁴¹. A Solimán le interesaba la paz por reducir sus gastos y poder concentrar todas sus fuerzas contra los persas, por eso concedió fácilmente una concordia de dieciocho meses en 1545, dando paso a que comenzase la negociación principal.

Lo que marca estas negociaciones es la participación de Carlos V por primera vez como uno de los contrayentes principales. Nombró a Gerhad Veltwyck de embajador y Veltwyck viajó desde Venecia a Estambul con el embajador francés. Resulta significativo que lo que más temía el enviado imperial era que los embajadores de Fernando llegasen antes que él a Estambul y comenzasen la negociación. Pensaba que en lo sustancial estaban de acuerdo el Emperador y su hermano, pero la debilidad de Fernando le haría negociar de forma «humilde», sin la fuerza y reputación que requería el título superior de Carlos V ¹⁴². La preocupación por proteger la reputación imperial es fácil de comprender. El Emperador sabía de antemano que el mero hecho de negociar con el sultán otomano afectaría de forma muy negativa su imagen, fuesen cual fuesen las condiciones de la paz. El impacto acumulativo de la propaganda imperial había resultado en una fusión de la imagen con la realidad como podemos ilustrar con el ejemplo de Vasco Díaz Tanto. Mientras los plenipotenciarios imperiales finalizaban la concordia en Estambul en 1547, Díaz terminaba su libro sobre *La nephanda y fiera nación de los turcos*. En su dedicatoria al príncipe Felipe le felicitaba por encontrarse en una posición tan buena —al mando de las fuerzas de España— en tan buen momento, pues «es llegado el tie[m]po q[ue] las gentes ynfielos ha[n] de ser del todo abaxadas, opprimidas y señoreadas & sujetas a la [Christ]iandad, cuyo vniuersal capitán y deffensor, por dios ellegido es el César Carlo». Pronosticaba que el Emperador —a quien alaba como custodia y protección de la república cristiana— estaba a punto de organizar una gran alianza para destruir por fin al turco ¹⁴³. Éstas eran las expectativas que defrau-

causes» (id.). Veltwyck llegó tarde a la Dieta porque Fernando le había retenido en Viena por meses sin poder creer que Carlos V no iba a cumplir su palabra, por eso sus instrucciones estaban ya caducadas.

¹⁴¹ CKK, II, n. 547, pp. 467-77, Gerhard Veltwyck a Carlos, 10-11-1545. Esto no impidió que los turcos criticasen duramente a los franceses por su conducta durante la guerra.

¹⁴² Correspondencia de Veltwyck a Carlos V, en CKK, II, n. 537, p. 445 (7-6-45); n. 540 pp. 453-455 (30-6-1545); n. 541 pp. 456-459 (10-7-45), n. 545, pp. 462-466 (6-8-45); n. 547, pp. 467-477 CHARRIERE, E., *Négotiations de la France dans le Levant*, 4 vols, vols. I y II, Paris, 1848-1850; vol. II incluye correspondencia de las negociaciones de 1547.

¹⁴³ VASCO DÍAZ TÁNCO, *Libro intitulado Palinodia, de la nephanda y fiera nación de los turcos*, Orense, 1547. Se publicó en septiembre 1547 poco después de haberse ratificado el tratado por Carlos.

daba el Emperador. Para limitar el daño pidió que el acuerdo no fuese comunicativo, con embajadas y contactos frecuentes entre las dos cortes. Quería que la paz se hiciese sin grandes espavimientos, festejos ni contacto posterior ¹⁴⁴.

Esto nos hace preguntar de nuevo por qué este Emperador tan cuidadoso de su honra se metió en una negociación tan arriesgada. ¿Era esto, por fin, una admisión de derrota, de su inability de llevar la carga principal de esta contienda contra el turco? No cabe duda de que estaban sus estados al borde de una crisis financiera y muy necesitados de paz. Pero esta interpretación no es convincente. Poco después sacaría más recursos humanos y financieros de sus estados para otra guerra. Además, no concuerda con la enorme confianza y energía que manifestó el Emperador en estos años. Pienso que podemos distinguir tres razones principales para explicar por qué dio este paso tan significativo para él. Primero, no podía conseguir sus fines de otra forma. A Carlos V no le interesaba una paz limitada en Hungría que bien podía dejar, como las anteriores, en manos de su hermano. Su intención era negociar una paz general que incluyese sus estados y el Sacro Imperio, además del papa y el resto de la cristiandad. Por parte de Solimán quería que se incluyese a Barbarroja, a Argel, Túnez y Goleta y a otros servidores del sultán otomano en África. Es decir, quería suspender, y posiblemente saldar, el conflicto de la cristiandad con el islam, tanto en Hungría como en el Mediterráneo. Segunda razón: por larga experiencia sabía que Fernando no guardaría la paz en Hungría si la situación le ofrecía la posibilidad de alguna ganancia territorial, fuesen cuales fuesen las consencuencias. Para imponer la paz a su propio hermano, Carlos V necesitaba darle más peso y más autoridad. La tercera razón, posiblemente la razón principal de buscar una paz firme y larga en ambos frentes, era para preparar su próxima guerra en el Imperio. La paz con el turco era paso necesario para romper la dependencia del Emperador y rey de romanos sobre los protestantes del Imperio. A la vez le permitía reducir sus gastos en el Mediterráneo, permitiendo la transferencia de recursos hacia el frente alemán.

Los protestantes se beneficiaron desde el primer momento de la presión otomana y no tardaron en manipular explícitamente la situación ¹⁴⁵. Cada vez que se anunciaba una nueva campaña agresiva, pedían más libertad a cambio de enviar fuerzas para defender al Imperio. Sin falta, el Emperador daba órdenes para que Fernando «haga todo lo posible para temporizar con los luteranos y otros desviados de la fe para tenerlos más inclinados y con buena voluntad de luchar contra el turco» ¹⁴⁶. Su participación

¹⁴⁴ CKK, II, n. 535, pp. 435-438, Instrucion para Veltwyck, Worms, 22-5-1545; id., n. 536, pp. 439-445, segunda instrucción con id. fecha. Al firmar la paz, Francisco I prometió secundarle en su conflicto contra el turco. Suleimán por poco mató al embajador francés al enterarse del acuerdo con Carlos V pero luego aceptó la mediación francesa. KNECHT, *Francis I*, pp. 370-371.

¹⁴⁵ *Ut. supra*, pp. 00 y 00-00.

¹⁴⁶ KF, iii (i), n. 460, p. 49, Carlos a Fernando, Bruselas, 4-3-1531: «je suis d'advís et est necessaire que, si avant que possible sera, temporisez en l'endroit des lutheriens et autres desvoyés de la foy, afin de tant plus les tenir enclins et en volenté à la repulsion dud. Turc».

activa era imprescindible, tanto que el confesor imperial aconsejó ya en los años treinta que se disimulase con ellos, escribiendo a Carlos V que lo podía hacer «sin ninguna culpa con tal condición que os sirvan y ayuden contra este enemigo común»¹⁴⁷. Como vemos, Loaysa ya enunciaba el concepto que adoptaron los príncipes imperiales en 1544, considerando a la cristiandad como una entidad unida por algo más que la ortodoxia católica. En 1545 lo que más temía Carlos V era la interferencia por parte de los protestantes alemanes en el proceso de paz con Solimán. Reconocía que «se habían ayudado de la guerra por la parte de Hungría para extender sus errores y pedir cosas exorbitantes a cambio de su asistencia contra el turco» y por esto era de esperar que intentarían de impedir su conclusión¹⁴⁸. La decisión de reducir a los protestantes en el Imperio y la orden de hacer paz con el turco son las dos caras de la misma moneda¹⁴⁹. Pese a su victoria sobre la Liga de Smalkalda en 1547 Carlos V siguió adelante con la concordia porque estaba convencido que no podía imponer su autoridad y orden en el Imperio sin la reunión del concilio y «la tregua quinquenal con el turco»¹⁵⁰.

El deseo del Emperador de conseguir una paz larga y estable con el sultán y sus aliados no encajaba con la estrategia de los otros participantes, lo que explica por qué en junio de 1547 se firmó una tregua de cinco años y no una paz perpetua¹⁵¹. No obstante el tratado le daba tiempo a poner marcha un plan defensivo coherente. Apoyándose en su nueva autoridad y poder dentro del Imperio, Carlos V pidió un subsidio para organizar un depósito que se tendría a mano para organizar rápidamente la defensa contra el turco u «otros extranjeros». El plan respondía a dos imperativas: por un lado, la necesidad de estar precavido y poder hacer cara a una emergencia. Por otro lado era paso decisivo para romper los vínculos de dependencia que se habían establecido entre el Imperio y los estados patrimoniales del Emperador. Después de tantas guerras y gastos la situación en España y los Países Bajos era grave. Consciente del alto nivel de resistencia y rencor en sus tierras por la carga tan excesiva que les había impuesto, el Emperador quería delimitar claramente las zonas de responsabilidad de cada estado antes de su muerte. En la instrucción que envió a su hijo desde Augsburgo en enero

¹⁴⁷ Añadiendo: «y no tenga V. Md. escrúpulo de servirse dellos aunque sean hereges porque estando vuestro corazón sin pecado sin errores no estorvarán vuestra buena ventura». AGS, E., leg. 858, fol. 99, pub. BKK, n. XI, pp. 500-501, Loaysa Carlos V, Roma, 8-6-1532, cit., p. 501.

¹⁴⁸ CKK, II, n. 535, p. 444, Instrucion a Velwyck, 22-5-1545: «comme auez entendu, les desuoyez de nre sainte foy que se nomment protestants se sont aidez de loccasion de la guerre en coustel de Hongrie pour leur comporter leurs erreurs et plusieurs choses exhorbitantes a loccasion de lassistence contre ledict Turcq».

¹⁴⁹ El mismo explica en sus memorias que tomó la decisión en 1544, bastante antes de anunciar su determinación. RODRÍGUEZ SALGADO, *El ocaso del imperio*, pp. 47-49.

¹⁵⁰ CDCV, II, n. CCCLXXX, p. 582, Instrucciones de Carlos V a Felipe II, Augsburgo, 18-1-1548.

¹⁵¹ Carlos tenía buenas esperanzas de una larga tregua ya en agosto de 1545, CDCV, II, n. CCCXXV, p. 404, carta al príncipe Felipe. Es posible que Solimán dudase hasta el último instante si conceder o no esta tregua, quedando convencido por la victoria de Muhlberg, Charrière, *Negotiations*, II, pp. 10-11, Jean de Morvilliers, Venecia 29-4 y 9-5-1547.

1548 se puede perfilar la nueva dirección política del Emperador. Da fe de su comprensión que los reinos hispanos no podían ni querían hacer más contribuciones al Imperio y Hungría: «ni vos menos terníades la posibilidad de asistir... ni los reinos ni Estados lo querían hacer, como no sería justo, siendo gastados como están y teniendo aún continuo gasto en otras partes contra infieles». Por eso, el Emperador declara explícitamente que España esta descargada de toda responsabilidad de salir al auxilio de Alemania o de Hungría, «viendo claramente y conociendo que me sería imposible haber dineros» especialmente «para lo que pudiese suceder acá [el Imperio], sin dar causa a más inconvenientes, y manifiesto riesgo dellos». Añade que es su intención transferir la responsabilidad de enviar ayuda al Imperio y a Hungría en caso de emergencia a los Países Bajos, pero imponiendo de antemano límites estrictos¹⁵². Esto significa que el Emperador por fin aceptaba de pleno que el peligro islámico no era general sino específico, y que se debía manejar en términos regionales, admitiendo límites en la responsabilidad de cada estado. Es importante recalcar que no por esto manifestó interés en resolver los problemas hispanos ni se comprometió a ejecutar la campaña contra Argel que le seguían pidiendo. Las únicas empresas que había en el sector Mediterráneo en lo que le quedaba de reinado fueron campañas marítimas contra las bases del corsario Dragut, aliado otomano, que se había establecido cerca de las costas italianas, en Mahdia y Monastir¹⁵³.

Es de gran interés el comentario que hace el Emperador en esta Instrucción sobre la tregua con Solimán. Instaba a su hijo que la observase «enteramente», ordenándole que «se guarde de buena fe con todos, sean infieles o otros, y es lo que conviene a los que reinan». La tregua con el turco se debía mantener por dos razones principalmente: primero, por ser la mejor vía de reducir la potencia de Francia; y segundo, porque Carlos V reconocía ahora a Solimán como un monarca verdadero, que entraba dentro de las normas diplomáticas y del sistema de honor que se guardaba para cualquier otro príncipe¹⁵⁴.

Fernando no captó el virage trascendental de la política imperial que ilustran tan claramente estas instrucciones. Como siempre accedió a la tregua con Solimán en 1545 y de nuevo en 1547 sin ganas y por no tener otra opción. Le hirieron las condiciones, especialmente el pago anual de 30.000 ducados, que sólo por respecto a su reputación no se había declarado como tributo aunque lo era. No cesó de intrigar con los nobles húngaros, principalmente en Transilvania, donde el gobierno de regencia por la minoría de Juan Sigismundo Zápolyai no podía contentar las divisiones internas ni supo resistir efectivamente la presión de Fernando. En 1550 la situación empeoró y Solimán decidió

¹⁵² CDCV, II, n. CCCLXXX, Instrucciones de Carlos V a Felipe II, Augsburgo, 18-1-1548, cit. en pp. 573-574. No obstante, le aconsejó mantener las flotas mediterráneas «porque no se puede haber tanta confianza de la tregua con el Turco». Además servían de defensa contra los corsarios y contra el rey francés.

¹⁵³ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992, p. 400.

¹⁵⁴ CDCV, II, n. CCCLXXX, cit., p. 574, Instrucciones de Carlos V a Felipe II, 18-1-1548.

imponer su autoridad. La campaña que montó en 1551 también marcaba una nueva dirección política: no era tan sólo para impedir que se entregase la Transilvania a Fernando. Todo indica que después de tantos esfuerzos para sostener un régimen débil y poco fiable, Solimán quería someter la zona bajo la autoridad del gobierno en Estambul. Nada más tener noticias fidedignas de los grandes preparativos otomanos, Fernando pidió socorro a su hermano y al Imperio. Como siempre, lo hizo con extraordinaria elocuencia y pasión. Aprovechó la reunión familiar convocada por Carlos V en Augsburgo a finales de 1550 para presionar al Emperador y persuadirle de la necesidad de una guerra agresiva.

Como siempre, Carlos V intentó disuadirle de esto, instándole a guardar la paz. Un día, después de escuchar otro discurso sobre el peligro de Hungría y la necesidad de enviar socorro a la región, el Emperador perdió la paciencia. Acusó a su hermano de sembrar noticias alarmantes para obligarle a él y a los príncipes alemanes que apoyasen su política expansionista en Hungría. En efecto, le acusó de chantaje moral e ideológico, sugiriendo que en varias ocasiones Fernando había exagerado el peligro para crear una crisis falsa. Eran subterfugios para sacarles dinero. Fernando se escandalizó de oír tal cosa. Insistió que la amenaza del turco era real y que en ese momento Solimán estaba a punto de invadir Hungría y Austria, por lo cual no podía faltar a su conciencia ni a su honor y tenía por fuerza que pedir ayuda para salvarles. Carlos V había oído las mismas palabras tantas veces que ahora le parecía solo una forma de hablar y de encubrir otros fines. Declaró enojado que estaba harto de la forma en que Fernando presentaba todas sus empresas como si fueran cuestiones de conciencia y de honor, cuando de hecho no era así ¹⁵⁵. Es decir, en diciembre de 1550, el Emperador enunciaba abiertamente algo que había sospechado por tiempo y que explica su reticencia a la hora de participar en campañas húngaras. Fernando manipulaba conceptos ideológicos y morales para satisfacer sus ambiciones particulares. De nuevo le amonestó que no provocara al turco en Hungría, insistiendo que era imprescindible mantener la tregua, a lo cual Fernando contestó malhumorado que el Emperador ya la había roto atacando Monastir y Mahdia, rematando con una indirecta hiriente al decir que por lo menos él (al contrario del Emperador) se dedicaba a la conquista de tierras cristianas. Carlos V ya no pudo contener su ira. Insistió que era su «obligación» eliminar estas bases corsarias por los graves daños que sufrían sus súbditos. No eran casos comparables. Intentó forzar la mano de Fernando negándose a contribuir fuerzas para el frente húngaro y declarando su intención de impedir que se le enviasen más ayudas del Imperio. Con esto los dos hermanos se separaron y no se volvieron a hablar por tiempo ¹⁵⁶. Habían abierto una llaga que no sanaría. Debemos recalcar que este incidente tan dramático

¹⁵⁵ CKK, III, n. 724, p. 17, Carlos a María, 16-12-1550.

¹⁵⁶ CKK, III, n. 724, pp. 17-18, Carlos a María, 16-12-1550. La lucha por Hungría fue efectivamente la clave del éxito de Fernando. Adquirió más territorio y le concedió una posición de liderazgo en la región a la cual difícilmente podría haber aspirado como archiduque de Austria.

no hizo sino acelerar el proceso de repartimiento de esferas de interés y responsabilidad que podemos perfilar en la Instrucción imperial de 1548. A partir de este momento, el frente húngaro quedó dentro de la zona de Fernando, visiblemente reducido al *status* de un conflicto regional y particular.

El ideal de la unidad de la cristiandad contra el infiel estaba muy lejos de la realidad a mediados del siglo XVI. El hombre que se propuso por caudillo de la cristiandad en 1532 con tanto entusiasmo ahora reconocía que el turco no era enemigo común sino el enemigo particular de ciertos estados cristianos y el amigo particular de otros, y por ello tanto la guerra como la paz con el turco eran cuestiones particulares de los estados afectados. Aún más, el estado otomano no era una fuerza ajena, un «bárbaro» fuera del mundo civilizado, sino una parte íntegra de la política internacional.

En los últimos años de su vida el Emperador sufrió reveses durísimos. Se vio paralizado por una serie de rebeliones y por otra guerra contra Francia. Lo más notable del conflicto fue la cooperación tan estrecha de las flotas franco-otomanas entre 1552 y 1558. Las dificultades que se perfilaron en sus primeros ensayos se vieron de nuevo en la fallida expedición contra Mallorca en 1552 —no llegaron a coordinar los movimientos de las tres flotas—. Poco a poco los altos mandos navales y militares franceses y corsario-otomanos se fueron habituando y consiguiendo más éxitos, notablemente la conquista de la isla de Córcega en 1553. Las campañas fueron dando conocimientos valiosísimos a los barcos musulmanes de los mares y costas cristianas, lo cual les dio confianza para actuar también solos y con gran eficacia a partir de 1554¹⁵⁷. El virrey de Sicilia comentó en 1557 que

«los tiempos presentes son diferentes del de avrá 30 o 40 años, que se hablaba en el turco y sus fuerças como si se hablaba en los antípodas, aora tenémosle tan vecino y tan plático de las cosas de la cristiandad que tan presto se sabe en Constantinopla lo que passa en Sicilia como en España; y cada año passea su armada por este reyno como cosa ordinaria»¹⁵⁸.

Debido a la ambivalencia inicial y más tarde a la hostilidad abierta del papa Pablo IV, la Iglesia no condenó tampoco ahora esta impía alianza. Es verdad que se quejó amargamente en julio de 1555 que los barcos musulmanes «sabían ya n[uest]ras casas y n[uest]ros puertos mejor que nosotros», pero esto no le impidió aliarse con el rey francés e incitarle a utilizar sus aliados musulmanes y protestantes contra Carlos V y Felipe II¹⁵⁹.

¹⁵⁷ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición*, actividades franco-musulmanas, pp. 388-391, Córcega, pp. 173-176. El príncipe Felipe salió a la defensa de la isla, pese a tener órdenes del Emperador de enviar estos recursos para la campaña en el imperio. BRAUDEL, F., *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, 2 vols., edición inglesa, Londres, 1972.

¹⁵⁸ PEG, V, p. 165, Juan de Vega al Emperador.

¹⁵⁹ AGS, E., leg. 882, fol. 44. Guerra con Pablo IV, en RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un Imperio en transición*, pp. 224 y 229-245.

La necesidad de defender sus reinos y su honor contra Francia provocó la retirada del Emperador de la guerra en el Mediterráneo. Después de conquistar Mahdía en 1550 había dejado un fuerte presidio allí para salvaguardar a Italia. Ya que Sicilia y Nápoles carecían de recursos necesarios para cubrir los gastos, ordenó a los reinos hispanos que lo hicieran. El gobierno de regencia se negó a sufragarlo y en 1554 el Emperador ordenó la destrucción de Mahdía. Poco después se perdió el presidio español de Bugía y a duras penas pudieron defender en 1556 su enclave más importante en Orán. Los daños sustanciales que sufrían los reinos hispanos y la carga impositiva que les imponían para sufragar las guerras con Francia provocó tal resentimiento en los reinos hispanos que resultó en un conflicto entre el gobierno de regencia y el monarca que por poco acaba en una rebelión abierta ¹⁶⁰. Al morir Carlos V la potencia otomana había incrementado notablemente no sólo en Hungría sino también en el Mediterráneo, y Solimán disfrutaba de una alianza firme con varios príncipes cristianos. Nada quedaba del sueño ingenuo de su juventud de acaudillar a la cristiandad en una gran cruzada para destruir al sultán otomano.

Nadie duda la magnitud de su derrota, sin embargo la tendencia de presentar la política de Carlos V bajo el *slogan* de paz en la cristiandad y guerra contra el infiel domina aún la imagen del Emperador, como se comentó al principio de este artículo. Es también habitual presentar los conflictos entre Carlos V y Solimán como un punto decisivo en el conflicto entre la soberanía y el nacionalismo por un lado, y el universalismo cristiano por otro; entre la ambición personal y el individualismo por una parte, y la abnegación colectiva del cristianismo por otra ¹⁶¹. No es factible esta interpretación. Es cierto que podemos vislumbrar una tensión palpable entre la ideología universalista y los intereses particulares en esta época pero esto ya se vio en siglos anteriores sin que por ello hubiese desaparecido el concepto de república cristiana ni el ideal de la unidad cristiana contra el infiel. Entre otros, Carlos V fue admitiendo paulatinamente que el Gran Turco y sus secuaces no eran «el enemigo común» de la cristiandad sino el enemigo particular de ciertos príncipes y el amigo particular de otros. No existía un enemigo común dentro de un continente profundamente dividido. Tampoco fue ninguna novedad el hecho de que los príncipes cristianos se sirviesen de conceptos ideológicos genéricos para servir intereses particulares. El propio Emperador añoraba tanto el honor de ser caudillo de la cristiandad que negaba un papel honroso a otros monarcas principales. La manipulación de estos ideales no fue suficiente como para destruirlos. El lema «paz en la cristiandad y guerra contra el infiel» tuvo otra época de auge a finales del siglo XVII cuando de nuevo volvió un ejército turco a cercar Viena. Y ahora vuelve a estar de moda en ciertos sectores europeos el concepto de la unidad

¹⁶⁰ RODRIGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición*, Mahdía, pp. 400-440.

¹⁶¹ Una de las exposiciones más interesantes de esta idea en: HANTSCH, H., «Le problème de la lutte contre l'invasion Turque dans l'idée politique générale de Charles-Quint», en *Charles Quint et son Temps*, París, 1959, pp. 51-60. La más reciente y extensa en FERNANDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V, el César y el Hombre*.

fundamental cristiana del continente. Lo que sí fue novedoso en esta época fue la evolución del sistema internacional y su adaptación a la realidad política. Se incorpora al estado otomano dentro del sistema político de la república cristiana. Este proceso de apertura no duraría mucho. En el siglo XVII el estado otomano experimentó una oleada de fundamentalismo y rechazo de esta «contaminación» con las ideas y forma de vida cristiana. Aunque la amistad franco-otomana continuó y el sultán accedió a paces y concordias con otras potencias cristianas a medida que se apaciguaron las guerras civiles religiosas en Europa y crecía su confianza, se marginó de nuevo al turco. En Europa volvemos a vivir ahora una época de tensión y debate sobre los niveles idóneos de aproximación, contacto y rechazo entre el antiguo mundo cristiano y los estados islámicos —lo que puede explicar por qué perdura la tendencia de caracterizar la política de Carlos V como un proceso continuo para imponer paz en la cristiandad y guerra contra el infiel.

Debemos recalcar que su interés por el conflicto contra el islam fue limitado a campañas breves y reactivas, sin seguir un plan sistemático de conquista. La política habitual de Carlos V la describió admirablemente él mismo en una frase escueta: se trataba de acudir «a la mayor necesidad»¹⁶². En el hueco que dejaban las guerras contra otras potencias cristianas se dejaba persuadir a organizar expediciones limitadas. Es muy significativo que en sus Memorias apenas no figura el turco y no hay casi nada sobre la contienda contra las potencias islámicas en el Magreb. El apodo de *Carolus Africanus* fue el que menos mereció. Dedicó pocas palabras a la crisis de 1532 y menos a la guerra de 1543-1544 y en ambas secciones adopta un tono despectivo hacia Solimán. Esto se puede interpretar de varias formas. Posiblemente sea una manifestación de su sentimiento de superioridad en 1550 y desdén por el Gran Turco. Puede también ser una forma de justificarse por haber abandonado la lucha contra el turco, pretendiendo que no era un enemigo de envergadura¹⁶³. Resultó imposible reconciliar intereses incompatibles. No había una estrategia que le permitiese a la vez acaudillar al mundo cristiano y beneficiar sus estados de tal forma que contribuyesen los recursos necesarios. Tampoco logró integrar a Francia dentro de la alianza antiturca sin perder su propia superioridad. Es simplístico y erróneo seguir hablando de Carlos V como si fuera un heroico defensor de la unidad cristiana. No existía entonces y no existe hoy un concepto único de unidad cristiana, ni una visión única de cómo organizar y mantener en paz a los estados cristianos. El Emperador intentó por algún tiempo imponer su propia visión política en Europa,

¹⁶² La frase es de una carta del Emperador a Felipe (19-6-1543) en la cual, como tantas veces había hecho, le ordenaba que las galeras de España fuesen a juntarse con las de Doria, Nápoles y Sicilia en las costas italianas. CDCV, II, n. CCLVIII, p. 133.

¹⁶³ CDCV, IV, Memorias: relata los hechos de 1532 (p. 499: «fue principio para de allí en adelante tener en menos sus fuerzas»), menciona a Barbarroja en p. 516 comentando sin o por equivocación u olvido que había estado durante «todo el tiempo que duró la guerra» en Tolón, «sin haber hecho cosa alguna de importancia»; Túnez (pp. 500-502), dándole más importancia recalcando que se había conquistado «con una gruesa armada turca»; Argel (p. 512), la Liga (pp. 506-507), y los acontecimientos de 1541 en pp. 510-512.

basándose en un concepto particular de unidad cristiana que encajaba con su ambición de ser el caudillo de la cristiandad y contribuía notablemente a su honor y gloria. Otros se opusieron, especialmente el rey de Francia, y no sólo por intereses particulares, aunque éstos no faltaban. Ellos también tenían su propia visión de la cristiandad y defendían un ideal antiguo y moral. El ideal de la diversidad fundamental de Europa.